

Abolición de la esclavitud de los negros en las colonias francesas, el 27 de abril de 1848, por A. Biar (Museo de Versalles). La supresión de la esclavitud de los negros fue una de las causas que indefectiblemente debía llevar a la sucesiva liberación (por voluntad o a la fuerza) de los pueblos sometidos por Europa y a crear el Tercer Mundo.

El Tercer Mundo: contenido, formación y rasgos estructurales

por NAZARIO GONZÁLEZ

I. SU CONTENIDO INTERNO

Si hoy alzasen sus cabezas del mausoleo del Kremlin o del cementerio de hombres ilustres Lenin o Clemenceau, no entenderían el título de este trabajo. En sus tiempos no se conocía esta expresión: Tercer Mundo; a pesar de ser tiempos tan próximos a los nuestros, a pesar de que ambos personajes, el primero a través de su teoría sobre el Imperialismo, el segundo desde su nacionalismo integral, vivieran intensamente la experiencia colonial.

El Tercer Mundo. Realidad y palabra

Su origen es totalmente reciente. Sabemos incluso –cosa no frecuente en la historia del lenguaje– el nombre del autor, la fecha, el lugar de su nacimiento. Alfred Sauvy, el co-

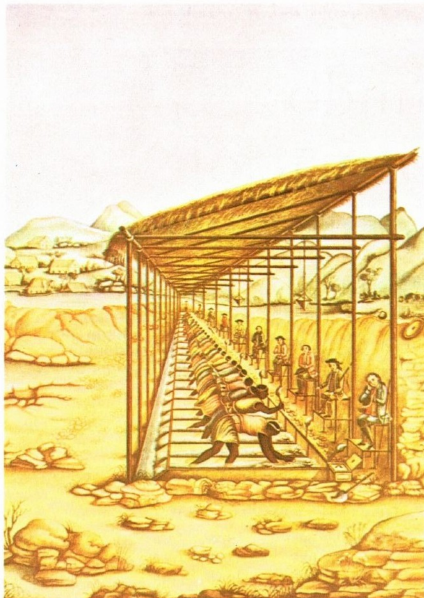
nocido demógrafo y sociólogo francés, la acuñó por vez primera al frente de un artículo publicado en el número 27 de los *cahiers* del I.N.E.D. (Institut National d'Études Demographiques) en 1956; el título exacto de su trabajo era: *Le Tiers-Monde: sousdéveloppement et développement*.

Inmediatamente el nombre hizo fortuna. Fue rápidamente traducido a todos los idiomas. Toda una bibliografía nueva comenzó a aparecer a su sombra. Resultaba ser un término creador, capaz de incitar las mentes y poner el plano inclinado a la acción. Hoy forma parte del repertorio de frases hechas y de cultura de base de nuestra sociedad de masas. Es interesante notar que desplazó inmediatamente al único contrincante que se le pudo oponer. En efecto, A. Toynbee hablaba en esos mismos años de "naciones proletarias". A pesar del prestigio de su mentor, de la sugestión social y reivindicadora que despierta, ganó la partida Tercer Mundo. Como dice P. Jalée, "es inútil oponerse a él; es breve, preciso, con un algo de mistificante".



Léopold S. Senghor, primer jefe del Senegal, gran escritor y uno de los teóricos del Tercer Mundo.

Lavado de arenas diamantíferas en Brasil por esclavos negros (Consulado del Brasil en Barcelona). El "silencio" de la esclavitud fue el fondo en que se fraguó la personalidad del Tercer Mundo.



Nacen siempre los nombres a la par de las realidades que representan como una necesidad del hombre racional y comunicativo. No acompañándolas, sino sustentándolas. "Fuera del lenguaje –nota E. Lledó–, no tiene sentido la realidad." Y naturalmente no nacen al azar. Wittgestein hace notar en sus *Investigaciones sobre el lenguaje* cómo las palabras denominan los objetos mediante un significado que, lejos de ser arbitrario, está relacionado y aun sometido al objeto que sustituyen. En su sonoridad, en sus pliegues semánticos y conceptuales, hay como una quintaesencia del hecho vivo que significan. Como la caracola con rumores lejanos del océano que la abandonó en la playa. Lo difícil será descubrir ese rumor, esta relación. Y es una de las tareas más apasionantes que la ciencia, la filosofía, la lingüística y la historia tienen ante sí. Quien penetrara en el sentido y trazara la evolución de todas las palabras y giros de un determinado medio humano, descubriría automáticamente la realidad histórica que ellas representan y crean a la vez. No en vano, como dice el mismo autor, "el lenguaje es un proceso creador en íntima conexión con el mundo". Lo que sucede es que este método de investigación histórica es menos corriente, más nuevo tal vez, por lo menos entre nosotros. Por eso nos sugestiona el servirnos de él en esta ocasión. *Tercer Mundo,* Fuga de cerebros, Telón de acero, Quinta columna, Oro negro, Séptimo arte...

Todas estas expresiones, y otras más, son coincidentes. Pertenecen a una misma hornada histórica. Podríamos intentar fijar con

el detalle posible sus respectivas fechas de nacimiento y significado evolutivo. Pero no podemos entretenernos en ello. Nos contentaremos con esta precisión. Nacidas entre la primera Guerra Mundial y nuestros días, con preferencia después de 1945, rezuman sociología y política; son especie de prefabricados mentales, en los que no se sabe dónde acaba la palabra puramente significante y dónde comienza el *slogan* transformador. En los tiempos primitivos nacían palabras esenciales, puras. Raíces más que derivados. En el otro extremo, el hombre contemporáneo, saturado ya el elenco de voces y sinónimos, rotulado hasta en sus detalles el cosmos que le envuelve, ha de dar más bien nombre a grumos de situaciones complejas y choques conflictivos, segregados por una sociedad de masas culturizada y que gusta, al intercambiar sus experiencias, del golpe psicológico, del destello brillante, del no sé qué "mistificante", que diría P. Jalée. En este sentido, A. Sauvy, al lanzar el término Tercer Mundo, más que el autor fue el mediador, el resonador de una creación social.

Viniendo ya a su análisis concreto, observamos que Tercer Mundo dice en primer lugar una relación primaria a otros dos mundos, distintos por hipótesis y de algún modo anteriores a él. ¿Cuáles son éstos? Aquí nos encontramos ante una bifurcación que hemos de aceptar sin reserva, supuesta la indicación hecha más arriba sobre la ambigüedad y polivalencia de muchas de las innovaciones del lenguaje moderno.

Esos dos mundos previos al Tercer Mundo serían, según la interpretación de Lacoutoure, Freyssinet, etc., el mundo capitalista y el socialista. El Tercer Mundo, dice este último, "reuniría a los países que no han optado por ninguno de los dos sistemas económicos y que buscan un camino nuevo y original para su desarrollo".

Voluntad, más que realidad conseguida, de distanciarse de los dos sistemas económicos, contrarios entre sí e imperantes en el siglo XX; tal sería el primer rasgo distintivo del Tercer Mundo.

Tercer Mundo e ideología marxista

Que el Tercer Mundo mantenga una actitud de rechazo frente al mundo capitalista, es fácil de entender. El ha sido quien le ha oprimido mediante el sistema colonial, el que le ha hecho más pobre con su explotación económica; contra él ha tenido que rebelarse hasta conseguir, a veces con guerras largas y cruentas, su independencia. Otra cosa es el sistema marxista. El mismo hecho de oponerse al mundo capitalista invita al Tercer Mundo a dejarse vencer del lado de su contrario; sobre todo, cuando éste le ofrece el arma de una revolución contra los poderosos y unos métodos socioeconómicos concretos para sacudir la opresión de la pobreza.

Cuando Toynbee llamaba al Tercer Mundo "naciones proletarias", apuntaba, sin duda, hacia una extensión de la Revolución proletaria, a las grandes áreas descualificadas del Tercer Mundo. Sin embargo, la solución no es tan sencilla. Por lo menos, precisa un análisis histórico previo; él redundará en un avance en esa comprensión del contenido del Tercer Mundo que perseguimos. ¿Marxismo y Tercer Mundo son dos realidades destinadas a un común encuentro? En primer lugar, resulta difícil, a pesar de que algunos lo pretendan, hacer pie en las mismas fuentes y extraer una doctrina anticolonial de los escritos de Marx. Faltan en su obra unos textos claramente condenatorios del colonialismo. Más bien domina en sus escritos una postura reticente que, en definitiva, favorece al sistema colonizador. Recordemos, por ejemplo, cómo se planteaba el fundador del marxismo en 1853 la presencia de Inglaterra en la India: "Inglaterra tiene dos misiones que cumplir en la India: una, destructora; otra, regeneradora. Por un lado, tiene que aniquilar la vieja sociedad asiática; por otra,



Edificio de la O.N.U. en Nueva York, organización que ha heredado de la Sociedad de Naciones la preocupación por la descolonización de los territorios sometidos a una potencia extranjera.

PAISES DEL TERCER MUNDO QUE HAN ALCANZADO SU INDEPENDENCIA EN EL SIGLO XX

1918	Yemen del Norte
1923	Nepal
1930	Iraq
1932	Arabia Saudí
1936	Egipto
1945	Siria
	Líbano
1946	Jordania
	Filipinas
1947	India
	Pakistán
	Ceilán
1948	Birmania
	Corea
	Vietnam
1949	Laos
	Cambodge
	Indonesia
1951	Libia
1952	Sudán
1956	Túnez
	Marruecos
1957	Ghana
	Malasia
1958	Singapur
	Guinea
1959	Chipre
1960	Camerún
	Togo
	Madagascar
	Congo Belga
	Somalia italiana
	Congo Brazzavile
	República Centroafricana
	Chad
	Gabón
	Dahomey
	Níger
	Alto Volta
	Costa de Marfil
	Senegal
	Mali
	Nigeria
	Mauritania
1961	Sierra Leona
	Tanganica
	Kuwait
1962	Samoa Occidental
	Ruanda-Burundi
	Argelia
	Trinidad-Tobago
	Jamaica
	Uganda
1963	Norte de Borneo, Sarawak, Brunei (dentro de la Federación Malasia)
	Kenia
	Zanzíbar
1964	Malawi
	Malta
	Zambia
1965	Gambia
	Singapur (separado de la Federación Malasia)
	Rhodesia
	Archipiélago de las Maldivas
1966	Botswana
	Lesotho
1967	Yemen del Sur
1968	Nauru
	Guinea Ecuatorial
	Swaziland
1970	Omán
	Islas Fidji
	Tongo
1971	Quatar
	Bahrein
1972	Bangla Desh

Observaciones: 1) No se incluyen aquellos países que, habiendo conseguido la independencia durante este tiempo (Irlanda, Panamá, Islandia, Mongolia, Yugoslavia, Checoslovaquia...) y, aunque previamente sometidos de alguna manera a un poder político superior, no habían pasado por el estatuto y la forma externa de dominación colonial, así como tampoco los estados de nueva formación, como Israel; los surgidos tras la primera Guerra Mundial ni los Dominios británicos.

2) Se incluyen, en cambio, las que pudieran denominarse entidades políticas en litigio o problemáticas. Por ejemplo, Rhodesia, que se tomó la independencia por su cuenta y en contra de los criterios de la metrópoli e incluso de las Naciones Unidas, o la Federación Malasia, que, en realidad, nunca ha llegado a funcionar enteramente por la disconformidad evidente de algunos de sus miembros.

3) No se hace siquiera alusión a algunas unidades políticas de situación ambigua y escasa personalidad política y social: Buthan, Sikkim, etc.

poner los cimientos materiales de la sociedad occidental en Asia".

Es decir, que el Marx convencido de que sólo el proletariado industrial y maduro es capaz de llevar a cabo la revolución contra la burguesía y para quien esa revolución es la razón de ser y meta de la Historia, subordina y fuerza a los países coloniales para que previamente pasen por el sistema capitalista, único capaz de engendrar un proletariado industrial. El colonialismo, por tanto, según Marx, es una etapa, dolorosa a lo más, profundamente viciada como toda creación capitalista, pero indispensable en la evolución social de estos pueblos.

La crítica colonial se incorpora al pensamiento y acción marxistas después de la muerte de Marx y a través de postulados prácticos más que teóricos: cuando algunos, no todos, de entre los socialistas de la Segunda Internacional, presentes en los Parlamentos burgueses, ataquen por motivos de oposición política a la par que humanitarios y de igualdad humana los abusos que los gobiernos de Alemania, Francia, Inglaterra, etc., cometen en ellas. H. M. Hyndmann protesta en 1906 contra "los crímenes de Inglaterra en la India" y especifica su denuncia al decir: "Fabricamos deliberadamente el hambre en las colonias para alimentar la avidez de nuestras clases prósperas en Inglaterra". Dando un paso más adelante, fue Lenin quien introdujo en el pensamiento marxista tradicional la vigorosa corriente anticolonial que el comunismo desplegaría a su favor en la hora decisiva de la descolonización. No fue todo invención suya; el fundador del comunismo se apoyó en S. A. Hobson cuando en su célebre obra *The Imperialism a Study* (1902) intentó demostrar que el capitalismo burgués había entrado en una peligrosa etapa de imperialismo colonial, detrás de la cual se ocultaba la amenaza definitiva a todo el sistema. "El imperialismo colonial –dice Hobson– ha nacido, no en interés de la nación como totalidad, sino de ciertas clases privilegiadas económicamente, que imponen su voluntad al resto... Es el crimen que acosa a todos los estados prósperos y la naturaleza se encargará de castigarlo con la fijeza con que sabe hacerlo."

Lenin agudizó y amplió la crítica hobsoniana, fecundándola con elementos de la más limpia ortodoxia marxista. Las amplias inversiones, piensa Lenin, que el capital reali-

za sobre las colonias, sólo son posibles mediante el aumento de los monopolios (idea muy marxista), que concentran cada vez más la riqueza en manos de unos pocos. Por otro lado, si el capitalismo tenía desde Marx sus días contados, Lenin acertó a ver en la güerra de 1914 el resultado de sus tensiones internas, materializadas en disputas coloniales, y cargó el acento sobre su pronta desaparición. De sus ruinas saldría la sociedad socialista; en concreto, de las ruinas de la Rusia zarista, con sus avances industriales y prosperidad capitalista que precedieron a la Gran Guerra, "saldrá –afirma Lenin– la sociedad socialista rusa, la U.R.S.S. del siglo XX", y acertó, intelectual e históricamente.

Una vez hecha la Revolución, Lenin aprovechó su doctrina liberal sobre las nacionalidades que componían la Rusia tradicional para proclamarse, ante el mundo colonial que precisamente comenzaba entonces a bullir, como el campeón de las libertades de los pueblos. Si en 1916 había dicho: "El colonialismo es la forma peor, la más extrema, del capitalismo, pero también la última", en 1919 pasa a la ofensiva al afirmar, en el mensaje a los musulmanes de todas las Rusias, "que la revolución soviética será un combate en favor de los pueblos colonizados contra el Imperialismo". Por su parte, Trotski apoya con su habilidad táctica la posición de Lenin. Trotski busca la revolución permanente, pero es consciente en 1920 de que en los países europeos ha fracasado. Béla Kun, los espartaquistas alemanes, el mismo Dimitrof, jefe de la insurrección búlgara, son personajes de un ayer amargo. La "chispa" que provoque el incendio habrá de saltar de otro foco, y dice con su énfasis característico: "El camino para llegar a París y Berlín puede pasar por Kabul, Calcuta y Bombay".

Dentro de esta perspectiva se inscriben una serie de iniciativas que en aquellos tiempos aparecían dotadas de una gran visión de futuro y que asentaron la opinión en los medios internacionales de que los comunistas eran los grandes patrocinadores de la descolonización del siglo XX.

Nos referimos: 1) al congreso de Bakú, convocado por la Tercera Internacional y que tuvo lugar en agosto de 1920. A él asistieron representantes de treinta y dos territorios colonizados. Era aquella asamblea una amalgama confusa –266 de los 1895 asistentes no lograron identificar su nacionalidad– como el impulso instintivo de tantos pueblos que buscaban su liberación sin conocer a punto fijo ni por qué razón ni con qué medios. Todo allí era contradictorio: ante el primer pueblo oficialmente ateo de la Historia se proclamaba la guerra santa contra los países coloniales. Zinoviev, que lo presidía, quiso bordar sutilezas delante de aquellos hombres de la estepa o venidos de las profundidades de su comunidad tribal y que apenas enten-

Aspecto parcial de la conferencia de Bandung, reunida del 17 al 23 de abril de 1955, que sentó los principios de una teoría anticolonial.





Mujer de Biafra con su hijo, en extremo grado de depauperación. El subdesarrollo es una de las características actuales del Tercer Mundo.

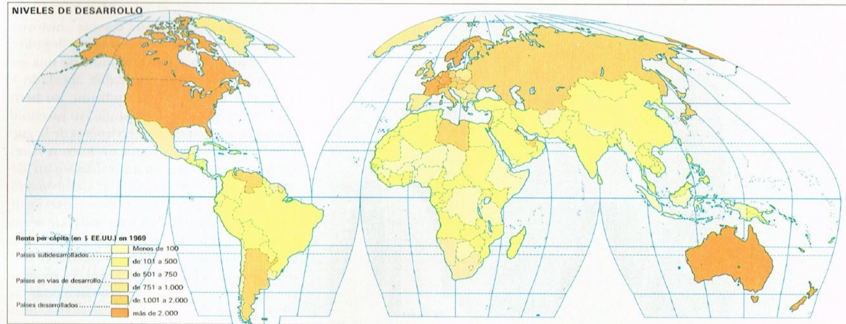
dían nada del marxismo-leninismo, afirmando que "la revolución soviética, más que anticapitalista, era antiimperialista...". Pero quedó el impacto histórico del congreso: la sensibilización de la opinión anticolonial entre las sociedades afroasiáticas.

En esta misma línea hay que hacer mención: 2) de los centros de adiestramiento revolucionario y promoción intelectual, según una visión marxista, de los futuros líderes de la emancipación y de la revolución proletarias en el Tercer Mundo. En 1921 creará Lenin la universidad de los trabajadores de Oriente, a la que seguirá más tarde la universidad Sun Yat-sen y finalmente, en nuestros días, la universidad Patricio Lumumba. En todas ellas, la Rusia soviética se ha esforzado por modelar los cuadros rectores de un anticolonialismo no sólo patrocinado, sino, a poder ser, monopolizado en exclusiva por el marxismo comunista. Los frutos han sido positivos, aunque hay que reconocer que, con alguna frecuencia, los hombres allí formados se les han escapado de las manos; Chiang Kai-shek, por ejemplo, el sucesor de Sun Yat-sen en la revolución china, realizó una estancia de adiestramiento en la U.R.S.S., en 1923; pero ya en 1927 volvió las espaldas al comunismo y en 1945 se colocó en una posición radicalmente antípoda.

Finalmente: 3) se esfuerza, desde la formación de la Tercera Internacional, por crear filiales en los territorios colonizados. El partido comunista indonesio nace en 1920. El partido comunista indio, con la figura de primera magnitud de Chattopadyaya, en 1922; el chino, en 1921; el argelino, en 1927. La importancia de estos partidos comunistas en la aceleración del proceso descolonizador es innegable. Sin embargo, los resultados últimos han sido menos brillantes que los medios empleados y, sobre todo, que las esperanzas puestas. Hay algo que positivamente se revela entre estas sociedades pobres y resentidas contra la ex metrópoli colonialista, que en el último momento les hace abandonar la vía marxista en su evolución política y económica. Tal vez el profundo sentido religioso, en versión musulmana en el norte de África, animista en África, hinduista en la India, budista en el sudeste asiático, que anima a estos pueblos, les predispone frente a una doctrina en la que el más frío ateísmo forma parte de su médula ideológica. Tal vez cuente también, a la hora del rechazo, la dificultad en asimilar los presupuestos filosófico-hegelianos en los que el marxismo indefectiblemente debe apoyarse. El africano y el oriental son ajenos al discurrir lógico occidental; tienen su mente conformada de otro modo; su cultura parte de otras bases. Sentirse marxistizados supone, en definitiva, aceptar en una nueva versión la tan temida y denunciada aculturización. Tal vez intuyen profundamente que en la denuncia soviética al colonialismo capitalista hay parte de hipocresía y parte también de cortina de humo, lanzada conscientemente frente al capitalismo, a fin de cubrir sus propios abusos coloniales.

De hecho, aquella libertad de autodeterminación de los pueblos asiáticos que Lenin proclamó en los días triunfantes de la revolución ha estado muy lejos de cumplirse al correr de los años. El delegado de Irán en la conferencia de Bandung, Jamali, no tiene inconveniente en denunciar el hecho que su país ha estado a punto de sufrir y otros países vecinos no han podido evitar: "Los comunistas –concluyó– amenazan al mundo con una nueva forma de colonialismo. Hoy día, los soviets han esclavizado en Asia y en Europa oriental a más hombres que cualquier otra potencia colonial en todos los tiempos pasados".

De hecho, esta indecisión en el último momento ha sido uno de los fenómenos más característicos de la historia del Tercer Mundo. Aún es pronto para sacar juicios definitivos. Los casos de China, Cuba, Corea del Norte, Vietnam del Norte pesan indudablemente a favor de una orientación marxista del Tercer Mundo; pero son muchos más los que, dentro de una relativa libertad, no han optado por esta solución, aun en el caso de que los líderes de la independencia se hubieran aproximado al comunismo hasta los límites del compromiso, caso de Seku Turé, N. Nkrumah, U-Nu, Houphuet Boigny, P. Lumumba... Como dice H. Grimal: "Ha-



bían vivido en Europa en contacto con la doctrina marxista, pero fueron muy raros los que se dejaron calar por ella y lucharon de veras por su realización".

Lo que se perfilaría, en cambio, cada vez más en los años sesenta y lo que llevamos vivido de los setenta, es lo que L. Senghor, primer jefe del estado senegalés y teórico del Tercer Mundo, llama desde el punto de vista del continente negro: la vía africana hacia el socialismo, integrada de "negritud" (realidad cultural), instinto de hermandad de sangre que los occidentales hemos perdido o nunca tuvimos, al menos en ese grado (factor social), preferencia por el partido único y sentido del liderato hasta límites mesiánicos (solución político-práctica), así como voluntad de romper el esquema económico mundial dominante en la segunda mitad del siglo XX; en dicho esquema, los otros dos mundos, el capitalista y el socialista, superadas sus diferencias, hacen causa común, son los jefes de fila, insustituibles y detentadores a su favor de todo poder de decisión (dimensión económica).

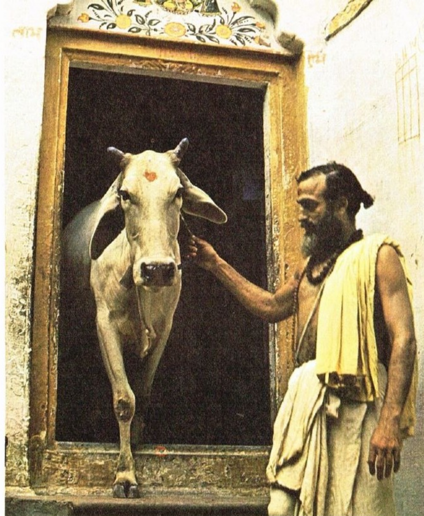
Por eso queda en pie el nombre del Tercer Mundo. Ya se nos ha rendido, abriéndonos uno de sus flancos conceptuales, expresión fiel de la realidad.

Más allá del Viejo y Nuevo Mundo

Volvamos a la bifurcación. Al Tercer Mundo se llega también a través de un primero y de un segundo mundo, en cuanto sinónimos éstos del Viejo y del Nuevo Mundo de nuestra geografía e historia tradicionales. Aquél nació en el Medio Creciente, en la raya misma del neolítico; avanzó durante nueve mil años, siempre siguiendo el camino del sol, hasta morir fecundamente en los puertos atlánticos del oeste europeo, que en las últimas décadas del siglo XV tensaban sus velas en busca de las tierras ocultas más allá del "mar tenebroso". Por fin –pongamos la fecha, al menos simbólica, del 12 de octubre de 1492– se alzó el Nuevo Mundo, segundo mundo en la sucesión histórica. La gesta de los descubrimientos da grandeza al movimiento, la revitalización de la Europa atlántica a costa de la Europa mediterránea, centro indiscutible del Viejo Mundo, significa el obligado golpe de tensión en la Historia ante la aparición de la nueva fuerza, la lucha dramática entre España e Inglaterra –con leves intermedios de Holanda y Francia– por el dominio de los mares, llave de acceso al Nue-

Depósitos de la Kuwait Oil Company, en Ahmadi (Kuwait). La renta "per cápita" no refleja en ocasiones, como en el caso de este reino petrolífero, el verdadero grado de subdesarrollo de un país del Tercer Mundo.





Aquí arriba, una vaca sagrada en Madrás. El hindú es un pueblo hambriento que ve pasar a su lado una cabaña de 176 millones de cabezas de ganado sin que pueda aprovecharse de tal tipo de riqueza alimenticia. Abajo, Mahatma Gandhi en 1931. Este apóstol de la independencia india y de la no violencia sostuvo que el hinduismo duraría mientras hubiera hindúes que respetaran a las vacas.

vo Mundo..., es uno de los hilos conductores de toda la edad moderna, que nació entonces.

Pero con la perspectiva de un hecho consumado y el equilibrio de unas posiciones, lo que se impone ante el atento observador del siglo XX es que, por encima de cien discordias y tensiones, el Viejo Mundo y el Nuevo han creado una gran "entente" histórica, parecen dos socios que hubiesen llegado a un compromiso para la gestión de una común empresa. Cada uno había aportado lo suyo: el Viejo Mundo la tradición, los hombres mismos. El Nuevo Mundo, su juventud, sus riquezas materiales. En vísperas de la guerra de 1914, un argentino de Buenos Aires, un norteamericano, un australiano y un alemán o inglés pertenecientes al *establishment* o núcleo selecto de sus respectivos países se diferenciaban en poco o, más todavía, se entendían en mucho: la misma tez blanca, los mismos hábitos sociales y políticos, el mismo sustrato religioso y cultural, el repertorio de unas pocas lenguas, emparentadas entre sí por lo demás (inglés, castellano, francés...), un proyecto convergente sobre el mundo futuro.

Una confirmación histórica, revestida a la vez de especial realismo, de lo que acabamos de decir es que cuando el 28 de abril de 1919 –Lenin y Clemenceau, recordémoslo, viven la cumbre de su acción histórica– se crea la Sociedad de Naciones de Ginebra, concebida como magna asamblea representativa de todos los habitantes del planeta, están presentes tan sólo treinta y dos estados soberanos. Pongamos cincuenta, para incluir a los que, por razones políticas o circunstanciales, no están presentes. Más que una organización de base mundial parece un club cerrado de blancos occidentales y hasta cierto punto, al menos, ricos. Salvo dos excepciones, Persia y Thailandia, el Viejo y el Nuevo Mundo nada más, y en su quintaesencia.

Había indudablemente algo de artificial e inestable en esta posición. Ese consorcio Viejo-Nuevo Mundo, al que bien podemos llamar ya Occidente en fórmula sintética, llevaba cuatro siglos tratando de desconocer y de volver las espaldas a una gran reserva silenciosa que se extendía sobre amplios sectores de la lejana Asia, en la casi integridad del continente africano, la dispersa Oceanía, algunos enclaves de las Américas.

Todo provenía de que en la gran época de los descubrimientos se había puesto en pie el Nuevo Mundo por impulso del Viejo, pero al mismo tiempo –hecho de mucho mayor trascendencia– se le había dado al hombre la llave para ocupar la totalidad del planeta. Con las mismas carabelas y sextantes con que se controló el continente americano, con el mismo esfuerzo humano que se desplegó para penetrar por sus selvas y cordilleras, se podía haber dominado África, o creado un imperio en los archipiélagos de Oceanía o instalado una red de intereses mucho más poderosa entre los grandes pueblos asiáticos. Faltó número de colonizadores.



"Mil ingleses dedicados a la administración y setenta mil soldados era –dice Mauro– cuanto Inglaterra pudo disponer para colonizar en los siglos XVII y XVIII los cuatro millones de kilómetros que ocupa el subcontinente indio." Hubo una selección primera en la prioridad de objetivos (África, por ejemplo, quedó siempre en segundo término, contra lo que pudo pensarse en un comienzo a raíz de los primeros viajes hispano-portugueses); influyó la distancia y localización geográficas (Oceanía, de momento, quedaba demasiado desplazada); también pesaron los propios errores que arruinaron posiciones adquiridas, como en el caso de Japón y China cuando cerraron sus puertas y puertos a los extranjeros en 1640 y 1717, respectivamente.

Pero ese mundo soterrado seguía existiendo, aunque se le ignorase. Su razón de ser y perfil diferencial fue tallándose con más vigor cuando, conseguida la primera asimilación del Nuevo Mundo, corregidos los antiguos yerros, con la energía de un nuevo impulso, Occidente verifica en los siglos XVIII y XIX un nuevo impulso, que rinde los territorios de Australia, África del Sur, Nueva Zelanda, abre de nuevo los puertos de Japón y China, se extiende al oeste de los Estados Unidos y del Canadá. Ellos se incorporan entonces también al sistema Viejo Mundo-Nuevo Mundo.

Ahora precisamente se destaca con más claridad esa gran reserva humana y geográfica sin voz ni voto en los destinos de la historia universal y que sólo cumple la función de apuntalar en silencio, con sacrificio de sus intereses e incluso de sus vidas, la gran empresa económica y política de los dos mundos, que, fecundándose y entrelazándose mutuamente, ocupan con brillantez el proscenio de la Historia.

Hacemos hincapié en esta categoría de "silencio" que dominó la situación y en el fondo fraguó la personalidad del futuro Tercer Mundo. Es interesante, por ejemplo, constatar que la gran operación de la trata de negros, uno de los métodos preferidos por Occidente para hacerse servir por esa gran fuerza de reserva, se llevase a cabo casi en secreto. Alguien ha establecido la comparación con el genocidio nazi de los judíos en los campos de concentración, ignorado por la mayor parte de la población mundial e incluso alemana. No fueron los gobiernos, ni siquiera las grandes compañías comerciales, quienes dieron la cara en esta gigantesca operación (13 millones solamente extraídos de la cuenca del Congo). Eran compañías subalternas, especializadas y situadas en segundo plano, con personajes anónimos a su frente, quienes ejecutaban el tráfico de estos hombres, sin los que hubiera sido imposible



El adiós a Inglaterra, por Ford Madox Brown (Museo de Birmingham). La enorme emigración constituyó el respiro de Europa, que se abrió a los países del Tercer Mundo para verter en ellos su exceso de población.

la puesta en explotación de las principales riquezas del Nuevo Mundo: plantaciones de algodón, azúcar, café... Posteriormente, ya en el siglo XIX, muy poco se supo sobre la forma como los blancos de los Estados Unidos, en su incesante conquista de la frontera del Oeste, terminaron por recluir en territorios muy delimitados a los que sintomáticamente llamaron "reservas", a los supervivientes de la raza amerindia primitiva, asentada secularmente en aquella zona.

Y sobre la conciencia cristiana y humanista de Occidente resbalaron las noticias acerca de la cruenta guerra de exterminio que diezmó la población maorí de Nueva Zelanda entre 1843 y 1848.

Tarde o pronto, un día esta situación había de saltar, dando lugar a un mundo distinto de los otros dos y al que obviamente habría de llamarse Tercer Mundo. El Tercer

Proclamación de la paz entre Turquía e Italia, en Trípoli. Italia razonó su expansión por África para poder dar salida a su superpoblación.



Mundo no nacería en el sentido de verse descubierto como América se abrió a los europeos –especie de Venus salida de las aguas– tras el viaje de Colón. Este mundo, cuya existencia era de sobra conocida desde el siglo XVI, nacería en un segundo sentido en cuanto adquiriría conciencia de sí. Misioneros, hijos de la restauración católica que sucede a la crisis revolucionaria e influidos por el espiritualismo romántico, exploradores tocados de ese mismo romanticismo en su versión de amor a la aventura y apoyados por las nuevas sociedades geográficas, colonos con una nueva mentalidad, la del capitalismo industrial, irrumpen después de 1815 en África, los archipiélagos oceánicos, las viejas unidades políticas del Oriente lejano y próximo. Sin saberlo, los tres van a ser el caballo de Troya, el revulsivo que hará salir a esta gran reserva de su pasividad, el impacto que a nivel social hará despertar al Tercer Mundo de la pasividad a la conciencia, de la sombra de sus bosques al primer plano de la historia mundial.

Cada uno por su camino y con sus métodos propios, los tres confluyen hacia una misma meta. Los "misioneros", propagando junto al cristianismo una cultura de base y un sentido de libertad e igualdad humana que el indígena rápidamente captó. Cuántos de los hombres representativos en la emancipación del Tercer Mundo son hechura –y ellos no se recatan de reconocerlo– de las misiones cristianas: Lumumba, Boganda, Youlou, Kasavubu, Kenyata... Los "exploradores" que abren rutas, sensibilizan a la opinión occidental, por vez primera identificada, a través de sus relatos y peripecias, con aquellos paisajes y sociedades hasta entonces tan espiritualmente lejanos. El explorador –en primera línea, Livingstone, Stanley– posee y transmite una visión idealista y generosa de los indígenas, en contraste con el "colono" duro, que no teme sustituir la antigua esclavitud por el trabajo forzado y rompe definitivamente con la economía y los asentamientos tradicionales. El nativo no puede menos de reaccionar de forma encontrada y viva ante esta situación múltiple; sobre todo, ese grupo intermedio que los tres necesitan como punto de apoyo para llevar a cabo su empresa: reyezuelos que cobran los impuestos, intermediarios en el comercio y en la explotación, guías en los viajes, catequistas, cuadros administrativos menores, que el colono y la metrópoli detrás de él necesitan a la hora de mantener el orden mínimo y organización requeridos entre la población indígena.

Cuando, al paso rítmico de las generaciones, este triple tipo de hombre: el misionero, el explorador y el colono, den sus frutos enteros, cuando esos grupos intermedios logren conectar con la base, lanzándola a la acción, habrá sonado la hora del despertar del Tercer Mundo. Justamente a partir de la segunda década del siglo XX.

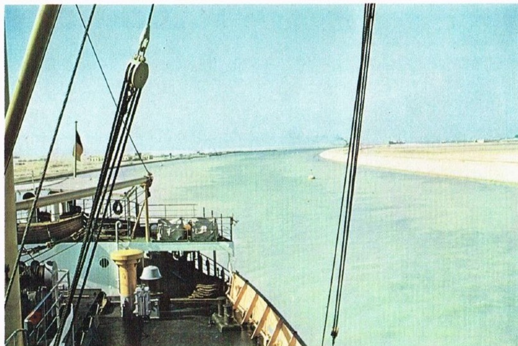
Es el momento de recordar aquella sesión fundacional de la Sociedad de Naciones en 1919. Desde entonces han pasado algo más de cincuenta años. Medio siglo no es nada en el acontecer humano, hecho a los largos períodos. Pero cuando los fenómenos históricos han madurado, su aparición al exterior adquiere caracteres de explosión repentina. Esto ha sucedido aquí. Cuando en septiembre de 1972 se reunió la veintisiete asamblea de las Naciones Unidas, herederas de aquella Sociedad de Naciones de entreguerras, fueron ciento treinta y dos los estados soberanos que han ocupado un puesto en el hemiciclo del salón de sesiones. Unas ochenta entidades políticas nuevas. Un hecho capaz por sí solo de hacer del siglo XX no una pieza más en la unidad histórica de la edad moderna, sino el punto de arranque de una nueva era.

La dicotomía Viejo Mundo-Nuevo Mundo se ha roto; existe, además de los dos, un Tercer Mundo. Se terminó el club cerrado de blancos occidentales y ricos. En su lugar se impone la sociedad planetaria, multicolor, interracial, con acusados contrastes de riqueza y pobreza.

Tercer Mundo y Tercer Estado

Nos gustaría que el Tercer Mundo tuviese una fecha tan imborrable y exacta como aquella del 12 de octubre de 1492. Hasta cierto punto sí que la tiene. Es el 17-23 de abril de 1955, en que veintiocho países afro-

Aspecto parcial del canal de Suez. Ismaíl, nieto y segundo sucesor de Mehemet Alí, tuvo que vender las acciones que poseía del canal a Inglaterra en una operación en que esta nación impidió que un país medianamente próspero quedase al borde mismo del canal que facilitaba el camino hacia la India.





Asistentes hindúes a una reunión acerca del empleo de métodos anticonceptivos para evitar el auge demográfico. Estas campañas, sufragadas por el propio gobierno, tropiezan a veces con la resistencia de un espíritu natalista ancestral.

asiáticos se reunieron en la conferencia de Bandung para asentar los principios de una teoría anticolonial y lanzar un vasto movimiento que acabase de desarraigar esta forma de sujeción política de cualquier rincón de la tierra. Richard Wright, el escritor negro, calificó a la conferencia de "la última llamada de los asiáticos [aunque también había africanos, los asiáticos eran mayoritarios en la conferencia] a la conciencia moral de Occidente". El citado L. Senghor dijo, intuyendo, sin duda, ese triple desdoblamiento de la historia de la humanidad en tres mundos que nosotros acabamos de exponer: "Es el estallido [*coup de tonerre*] más fuerte que la Humanidad ha conocido desde el Renacimiento". Y un comentarista de la época subrayó: "Son los Estados Generales de los pueblos de color".

Esta catarata de juicios llegó a los medios intelectuales europeos atentos al acontecer histórico y social. A ellos pertenecían A. Sauvy y el foco sociológico que animaba en la capital francesa. Cuando en las primeras páginas de este estudio hablábamos de las caracolas que llevan rumores del océano que las abandonó en la playa, no tratábamos de deleitar con una metáfora; preparábamos el terreno para lo que ahora queremos hacer ver: la capacidad de sugestión y transferencia que tiene toda nueva expresión al vibrar sobre espíritus abiertos y sensibles, especialmente preparados, por decirlo así, para fecundarse con ella y fecundarla, ofreciéndole una nueva dimensión. Yves Lacoste no duda en relacionar estrechamente el origen y sentido del término "Tercer Mundo" con la capital francesa, desde la que fue lanzado.

Mientras el ciclo contemporáneo no se agote, París y tras él Francia, a la que hasta cierto punto totaliza, no dejará de recordar y aún vivir, como punto de apoyo de su ser profundo, los acontecimientos de la revolución de 1789. La Bastilla sigue siendo su fiesta nacional. El gorro frigio de los *sans-coulottes*, su símbolo; la República, un modo de ser del francés medio más que un régimen político accidental.

En el umbral de esta revolución francesa se sitúa la obra esencial de un abate frustrado y político revolucionario de primera línea, Sieyès: *Qu'est-ce que le Tiers État?* Salió a luz en las primeras semanas de 1789. Y fue el libro de texto de los Estados Generales que iban a abrirse en mayo. En la primera página leemos este texto lapidario: "¿Qué es



La explosión demográfica del Tercer Mundo es tan extraordinaria, que se calcula que para el año 2000 sus habitantes sumarán los cinco sextos de la población del planeta. Frente a ellos, Occidente ve cómo se van infiltrando en su recinto cada vez más hombres de color, que llegan a él para efectuar toda clase de trabajos.

el Tercer Estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta el presente en el orden político? Nada. ¿Qué pide? Ser algo".

La tremenda lógica de esta triple pregunta dirigida por Sieyès a la minoría privilegiada de nobles y eclesiásticos, pero a la que no responden ellos, ciegos y encastillados en sí mismos hasta el fin, sino el sentido común, la justicia y, en definitiva, la Historia, ha quedado desde entonces grabada en la memoria de la Humanidad. El ciclo revolucionario abierto en aquella fecha, y en sí aún no cerrado, no ha sido sino la puesta al día, en cada una de sus fases, del triple interrogante.

Existe, efectivamente, una sorprendente relación entre aquel Tercer Estado de 1789 y este novísimo de 1955. Hagamos, para entenderlo, un breve pero importante desarrollo.

Los burgueses de 1789, que entonces eran el Tercer Estado, desatendido y humillado, se encumbraron rápidamente a las posiciones privilegiadas que antes ocuparon el primero y segundo. Pero automáticamente abrieron a sus pies un nuevo abismo de desheredados, los obreros industriales y agrícolas, que calcaban la situación psicológica y social de los burgueses en 1789: fuertes por el número y por su capacidad de energía creadora, radicalmente desplazados del juego político; con ansia de asaltar el poder o, al menos, de participar de él en términos de igualdad.

Y también lo consiguieron. Por vía reformista o por vía de revolución. Desde los primeros decenios del siglo XX y, sobre todo, a partir de la década de los cincuenta, puede decirse que el proletariado del cinturón industrial de Europa tiene fundamentalmente cubiertos sus objetivos: derecho al voto, remuneración suficiente y en ocasiones elevada, seguridad social, participación creciente en los medios de cultura.

Pero la dialéctica del sistema ha seguido creando un nuevo Tercer Estado. Y a él le han traspasado el legado de Sieyès.

La redención obrera en Occidente no sólo coincide cronológicamente, sino que se sustenta estructuralmente sobre el capitalismo en su fase imperialista que enunciábamos páginas más arriba. La "saca" de materias primas que Europa sobre todo e incluso el Nuevo Mundo no poseen y la importación masiva de alimentos ajenos a nuestro clima templado procedentes de las grandes extensiones de África, Asia y Oceanía resultan indispensables; las primeras, para mantener e incrementar el proceso industrial de Occidente, del que se beneficiarán los obreros con sus posibilidades de empleo; las segundas, para alimentar, a precios baratos, la sociedad occidental, en incesante expansión demográfica, principalmente en su base. "La civilización (que en estos años quiere decir el Viejo y Nuevo Mundo) –escribe F. Lugard en un libro muy citado en el período de entreguerras– no podrá subsistir sin las materias primas y los productos alimenticios de estos países." Cuando W. Churchill se negaba a conceder la independencia a Birmania, tuvo la valentía de dar abiertamente la explicación: Birmania es el gran proveedor de arroz del Reino Unido.

En el otro polo del sistema económico, denominado capitalismo imperialista, tenemos a esos otros territorios constituidos en virtud de la casi nula producción industrial y su vertical ascenso demográfico, en excelentes mercados de productos manufacturados que las fábricas de Occidente, en incesante expansión, temen siempre no poder comercializar suficientemente.

Y todavía, en medio del engranaje, hay que añadir, por una parte, el positivo interés puesto por los colonizadores en no crear industrias competitivas en los territorios coloniales e incluso anular las ya existentes (caso de las indianas y calicoes indios) y, por otra, la diferencia hiriente de salarios entre los blancos y los indígenas, no sólo supuesta una diversidad de países, sino aun dentro de las mismas fronteras y en el seno de idéntica empresa. Todavía en 1950 la remuneración de un europeo que trabajaba en las minas de Rhodesia era de ciento veinte libras mensuales; el mismo trabajo realizado por un nativo no alcanzaba las setenta libras.

Nos encontramos así con que, mediado

el siglo XX, ha aparecido un nuevo Tercer Estado. Ha llegado por caminos propios, como fruto de una dialéctica histórica, cuyo primer eslabón parte de 1789. Pero inmediatamente muestra la analogía en el planteamiento, una coincidencia fundamental en el área geográfica que cubre con aquel Tercer Mundo, venido tras el Viejo y Nuevo Mundo, que analizábamos antes.

Diríamos que a partir de la conferencia de Bandung, interpretada como los últimos Estados Generales de un Tercer Estado en la historia de la humanidad –"los Estados Generales de los pueblos de color"–, el Tercer Mundo, que nosotros hemos estudiado en su sentido etimológico más original –más allá del comunismo y capitalismo, después del Viejo y Nuevo Mundo–, se abre hacia un significado más amplio, con un nombre hasta cierto punto distinto: "países subdesarrollados", aunque es frecuente en la bibliografía sobre estos temas, y por eso decimos hasta cierto punto, encontrar ambos términos, Tercer Mundo y país subdesarrollado, utilizados indistintamente.

No hay ambigüedad; es más bien el reconocimiento de una trabazón muy estrecha entre ambos. Diríamos que cuantas veces ahondemos en el contenido del Tercer Mundo, con su carga política, terminamos por tocar el fondo económico-social que embebe al país subdesarrollado. No en vano el artículo piloto de Alfred Sauvy contenía dos partes: Tercer Mundo y Subdesarrollo. Decía así: *Le Tiers-Monde: sousdéveloppement et développement.*

Hay países como Irán, Etiopía, Liberia, que hace mucho tiempo dejaron de ser colonias o tal vez nunca lo fueron y que, por tanto, no han pasado por el trance de la descolonización estilo siglo XX, pero que, sin embargo, son países subdesarrollados. No deja de ser cierto, por otro lado, que la inmensa mayoría de los países subdesarrollados son los recientemente descolonizados; alguna relación habrá, por tanto, entre los dos fenómenos, colonialismo y subdesarrollo, particularmente si, en casos como Etiopía, Irán y tantos otros, terminamos por descubrir formas sutiles de colonialismo, que no muestran el caparazón político del *status* colonial, pero que encierran el influjo maléfico de la aculturización, de la distorsión de la economía al servicio del capital exterior, del control político e ideológico de sus habitantes; es decir, que llevan dentro lo esencial del colonialismo.

Si el subdesarrollo es la base última socioeconómica y explicativa del Tercer Mundo, forzosamente hemos de hacer hincapié en ella, con la necesidad y el placer de quien llega al fondo de un análisis.

Subdesarrollo y Tercer Mundo

¿Qué es un país subdesarrollado? G. Gendarme ha recogido nada menos que veinte definiciones diferentes. El citado Y. Lacoste insiste en la dificultad de llegar a una definición apropiada y concluye que lo mejor es pasar los ojos por una lista de países subdesarrollados. Las imágenes que nos sugieren, la síntesis de conocimientos adquiridos que se agolpan en nuestra mente, acaban por darnos una apreciación suficientemente aproximada de lo que es un país subdesarrollado.

El subdesarrollo es, dice J. Freyssinet, como una jirafa. Podrá ser complicado de definirla, pero es muy fácil diferenciarla. Sin embargo, nosotros vamos a intentarlo; queda bien dentro de todo el enfoque y método perseguidos aquí: captar los conceptos y, a través de ellos, encontrar el contenido histórico de la realidad que representan.

"Un país subdesarrollado es aquel que no logra cubrir, para la mayoría de la población, las necesidades básicas inherentes a la dignidad humana." Lo importante será enumerar estas necesidades básicas. Veamos algunos ejemplos: una persona o un grupo no cubre sus necesidades básicas cuando recibe menos de 2.200 calorías al día, cuando consume menos de 15 g de proteínas diarias, cuando tiene una esperanza de vida inferior a los cincuenta y cinco años, cuando consume menos de 600 kg de energía, cuando es analfabeto... No agotamos el repertorio; y como resumen y hasta cierto punto, al menos, simplificación de todas ellas, citamos la raya divisoria más conocida, la oficial podemos también decir: se dice de un país que es subdesarrollado cuando la renta *per cápita*, es decir, el cociente entre el producto na-

Mina de cobre a cielo abierto en Katanga (Zaire). Como en el caso de Kuwait o Zambia, a veces los países del Tercer Mundo están dotados por la naturaleza de materias primas de extraordinaria importancia, de las cuales, sin embargo, no son los principales consumidores.





Amin, presidente de Uganda, que se ha dejado llevar por un arranque de discriminación racista semejante al que los pueblos negros sufren por parte de los blancos. Con todo, en sus medidas han intervenido también factores de índole económica.

cional bruto y el número de habitantes, no alcanza los quinientos dólares anuales. Esta línea de orientación para definir un país subdesarrollado –la cobertura de la dignidad humana– y las especificaciones concretas que acabamos de apuntar ocultan tres inconvenientes que es necesario decir abiertamente.

En primer lugar se apoyan sobre un aparato estadístico, del que precisamente muchos de estos países, por el hecho de ser subdesarrollados, carecen. No pidamos a Lesotho, o a Nigeria, una contabilización con garantía de su producto nacional bruto o de su consumo de energía.

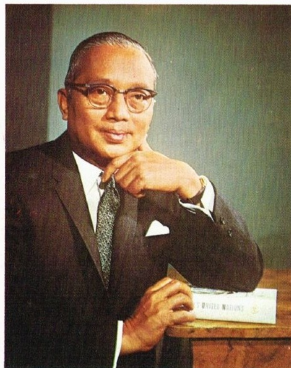
En segundo lugar, en toda estadística hay un desajuste entre el esquema numérico y la verdad existencial, antiesquemática y animatemática, hecha de carne y hueso, también de trampas y egoísmos. Es conocida aquella cita de humor: "Yo me he comido dos pollos y usted ninguno; estadísticamente, cada uno nos hemos comido un pollo".

De poco sirve, por ejemplo, que Kuwait o Libia tengan una renta *per cápita* elevada, superior, desde luego, al techo de los quinientos dólares por persona, más alta en el caso de Kuwait que la de Francia, incluso que la de Suecia (Kuwait, 3.880 dólares por persona; Francia, 2.606; Suecia, 3.695), si el jeque del pequeño territorio asiático, inundado de petróleo, es el dueño absoluto del país, de su riqueza y hasta cierto punto de sus habitantes (en Kuwait no sólo no hay partidos políticos, pero ni siquiera partido único) y usa y administra la riqueza según su voluntad; voluntad que, para ser justos, se orienta hacia ciertas mejoras sanitarias... de su medio millón de súbditos.

Ahora bien, las estadísticas nacen, por su naturaleza, de espaldas a este dato esencial y precisamente suele ser un rasgo sintomático de estos países subdesarrollados, esencialmente ligado a su atraso, la ausencia de un auténtico proceso democratizador, o, lo que es lo mismo, la desigualdad que, partiendo de la base económica, alcanza la cima de lo político.

Finalmente, todos estos criterios enunciados (calorías y proteínas, energía o esperanza de vida) parten de una visión de la dignidad humana que, pese a sus visos de universalidad, está, en realidad, condicionada por una concepción de la vida netamente occidental; la misma alfabetización, por ejemplo, no tiene en cuenta los valores de la cultura oral, adquirida por vía auditiva, de los pueblos africanos.

En resumidas cuentas, o caemos en el simplismo de considerar como salvajes y atrasadas a todas las poblaciones y culturas ajenas a la occidental, o habremos de detenernos con respeto ante ciertas actitudes íntimamente humanas que vuelven la espalda a este afán de mejoras materiales que, en el fondo, siempre manifiestan los criterios dichos. Pensemos en una concepción budista de la vida, con la superación del dolor –no su eliminación– como raíz de la existencia, o en la doctrina hinduista de la reencarnación, que impregna la vida de varios cientos de millones de hombres herederos de una de las más altas civilizaciones que la Humanidad ha conocido, con la "reencarnación" como gran esperanza y motor de la existencia, frente a los "avatares" de la existencia humana histórica que los occidentales absolutizamos, sorbiendo con avidez todas sus posibilidades



U-Thant, secretario de las Naciones Unidas durante dos mandatos y diplomático birmano que pertenece a la minoría excepcional que está produciendo el Tercer Mundo.

de disfrute. De ahí ha nacido nuestra doctrina y práctica del desarrollo. No es extraño que la definición antes dada, por más que haya sido elaborada por centros de alta especialización académica, se nos rompa entre las manos al traspasar la frontera india: allí nos encontramos con un pueblo hambriento que ve pasar a su lado con respeto una cabaña nacional de 176 millones de cabezas de ganado; es, sin género de duda, la más importante del mundo. Los Estados Unidos y la U.R.S.S., que le siguen inmediatamente, son ya medianas potencias cárnico-vacunas a su lado: 109 millones de cabezas la primera, 95 millones la segunda.

No les pidamos que sacrifiquen a esos animales como lo haría cualquier pueblo occidental. Se lo impide una fuerza más poderosa que la voluntad de los gobiernos, que la lógica de cualquier raciocinio: su estructura espiritual, su razón de ser en este mundo. Si nos asalta de nuevo, aplicado ahora a este caso concreto, el pensamiento de que la incultura y el bajo nivel humano son los responsables de semejante actitud absurda para un occidental, por lo menos sopesemos antes la importancia del testimonio de M. Gandhi, universitario y una de las grandes figuras del siglo XX, cuando dice: "El hecho central del hinduismo es, con todo, la protección de las vacas. El hinduismo sobrevivirá mientras haya hindúes que respeten a las vacas. La protección de las vacas es para mí uno de los fenómenos más maravillosos del desarrollo humano. Mediante ella, el ser humano se coloca más allá de su especie".

Así, a través de esta crítica, hemos llegado a uno de los puntos fundamentales del contenido y evolución del Tercer Mundo, entendido en su versión más amplia como equivalente a país subdesarrollado. El Tercer Mundo es una tercera realidad distinta, a la que difícilmente absorberá Occidente como el Viejo Mundo absorbió al Nuevo; precisamente barrido éste en su originalidad, parecen haberse acantonado en el Tercer Mundo todas las fuerzas históricas y aun cósmicas, alérgicas a una intromisión de Occidente. De ahí que tantas iniciativas emprendidas sobre él desde Occidente con la mejor buena fe, se estrellen en el fracaso: desde los programas de reducción de la natalidad a los planes de desarrollo.

Pasemos por alto otras definiciones, como aquella que dice que "un país subdesarrollado es aquel que no utiliza sino en grado mínimo o insuficiente sus recursos naturales y humanos", porque, sin minusvalorar el que nos daría la clave para entender el subdesarrollo de países tan representativos en el Tercer Mundo como Brasil o Argelia, nos dejaría un tanto perplejos ante las elevadas cifras de extensión territorial y recursos que potencias situadas en los primeros puestos del desarrollo (caso de Canadá) mantienen todavía inexplotados. Así llegamos a otra definición, la de G. Myrdall, que dice: "Son países subdesarrollados aquellos cuyos centros de decisión están en el exterior". Parece una definición menos empírica, nacida más de una hipótesis o teoría debidas a la mente de su autor. Prescindiendo de ellas, a nosotros nos sirve de excelente punto de apoyo para expo-



Sukarno, primer presidente de Indonesia, partidario en un principio del neutralismo político y que acabó siendo tachado de comunista por sus adversarios políticos.



Jawaharlal Nehru (a la derecha) y Chu En-lai. Nehru fue, a la vez, un gran estadista hindú y un adalid del neutralismo del Tercer Mundo.



Gamal Abd el-Nasser y el mariscal Tito. El neutralismo del Tercer Mundo recibió la ayuda del titismo, pues éste logró romper sus vínculos con la U.R.S.S., pero sin aproximarse a Estados Unidos. La amistad personal entre Tito y Nasser contribuyó a estrechar los lazos entre el Tercer Mundo y Yugoslavia.

ner una concepción del subdesarrollo en la que intervenga muy directamente el fenómeno histórico del colonialismo. Ahora, en una especie de gimnasia mental muy útil, el Tercer Mundo en su sentido estricto, el que procede de la descolonización reciente, iluminaría al Tercer Mundo en su sentido amplio, el que equivale a país subdesarrollado.

El subdesarrollo es una sima, un *gap* en términos sajones, casi ya internacionales, entre dos grupos de países que hoy cubren el planeta. Antes de definir esta sima o enumerar la doble hilera de países, conviene decir que esta sima, lejos de disminuir, se ensancha durante los dos decenios que la Humanidad ha tomado conciencia del hecho y de la gravedad que encierra para un futuro pacífico o simplemente posible de la vida del hombre sobre la tierra, y se esfuerza por todos los medios en suprimirlo. Este fracaso puede tener una doble explicación: o que no existe un propósito auténtico por parte de los países ricos para remediar el subdesarrollo y acortar distancias (tesis de Tibor Mende, sobre todo) o que las raíces vienen de bastante atrás y no pueden ser curadas, ni en veinte años ni tal vez en un siglo. Ambas cosas pueden ser ciertas. Nosotros ahora vamos a detenernos en la segunda. Vamos a ahondar en las raíces históricas del subdesarrollo.

Las tres revoluciones que el Tercer Mundo no tuvo

En un momento dado de la historia moderna –último tercio del siglo XVIII– se producen sobre un sector reducido de la totalidad del globo –el núcleo más creador de aquella totalidad mayor antes apuntada Nuevo Mundo-Viejo Mundo– tres fenómenos históricos, hoy decimos más comúnmente tres revoluciones, para expresar su rapidez de aparición y su fuerza impulsora. Las tres, actuando de forma conjugada, imprimen un dinamismo nuevo a su evolución histórica: más aún, en un corto plazo transforman profundamente sus condiciones de vida, su sistema de valores e incluso alteran la estructura misma del hombre: crean lo que hoy diríamos una nueva antropología; el hombre occidental postindustrial del siglo XX (un sueco o alemán de 1970) es muy diferente de su antecesor del siglo XVII.

Estas tres revoluciones, casi no hace falta decirlo, son la democrático-burguesa, la industrial y la demográfica.

Entrar medianamente de lleno en cada una de ellas nos haría perder el hilo de nuestro razonamiento, que en este momento es lo que más nos importa. El lector podrá acudir a otros volúmenes de esta misma obra para completar los datos e ideas que nosotros por claridad y precisión de espacio omitimos. Vamos sólo a recoger de cada una de ellas, y siempre sintéticamente, lo que incida en la explicación de este nuevo dinamismo que, recogiendo la idea matriz de Progreso tan querida por el siglo XVIII, la transformará en el "desarrollo" del siglo XX, con sus rasgos propios de aceleración y planificación racionalizadas.

Revolución democrático-burguesa e industrial

Aquí conviene destacar estos dos puntos fundamentales: la burguesía no es una clase más en la sucesión y primacía de las diferentes clases sociales a través de la Historia. Es la clase activa y económica por antonomasia, nacida del trabajo propio, no del linaje de sangre como los nobles, o de la predestinación superior, al menos formal, de una vocación como los eclesiásticos, con el espíritu de lucro y acumulación de capital metido en su misma entraña. Mientras la responsabilidad histórica estuvo en manos de las otras dos clases, heroicas, palaciegas, con esa fuga trascendente en su misión propia del estamento eclesiástico aun en los momentos de mayor secularización, el ritmo histórico hubo de ser más lento; la actividad material, el progreso humano, centrados en el bienestar natural y finito, no podrían alcanzar cotas altas. En segundo lugar, la revolución burguesa es también democrática. Con la revolución burguesa comienza a ampliarse la base social en la participación política.

Desde su primera protesta, la burguesía se afirma por su superioridad numérica frente a la nobleza y los altos eclesiásticos juntos. Posteriormente, esta fuerza cuantitativa se acentúa, como diremos al hablar de la revo-

lución demográfica. Esto quiere decir mayor riqueza en material humano, una proporción superior en personas bien dotadas en todos los órdenes; en definitiva, una densidad de acción y eficacia en los resultados de esta acción desconocidos hasta entonces.

La revolución industrial pone más claramente todavía de manifiesto lo que queremos expresar. En la misma razón de ser de la revolución industrial hay un efecto multiplicador, un índice de aceleración que nunca más se perderá, sino que irá acumulándose y aun incrementándose hasta alcanzar las espectaculares metas de la tecnología del siglo XX.

El maquinismo, desde la primera hiladora, pasando por la máquina de vapor, el telégrafo, los altos hornos, hasta las máquinas automatizadas de nuestros días, no aporta directa y precisamente una mejora del producto. El tejido salido del telar a mano, el hierro de la forja artesana, pueden ser más finos y tener mejor temple que esos mismos productos salidos de una gran industria textil o de una siderurgia. La artesanía siempre tiene, en términos generales, a su favor la calidad. Correlativamente, la mercancía no llega en sí a su destino mejor o peor transportada en un carro o en un avión; insistiendo más, la noticia es idéntica llevada por un mensajero de los tiempos antiguos, por un correo de los Tassis o por un télex actual. Lo específico, lo que aporta la máquina, cuando transforma la materia o transporta el producto, es el aumento de la producción por unidad de tiempo, la velocidad, la consecución ininterrumpida de nuevas metas –siempre en la línea burguesa del bienestar humano–, que quema etapas del avance histórico con mucha más rapidez que en épocas anteriores.

Revolución demográfica

Aparece con cierto adelanto. En realidad, primero prepara, para condicionar después, estrechamente, las otras dos revoluciones. Alguien ha indicado, sin duda con exageración, que todo el problema del desarrollo-subdesarrollo se reduce a un problema demográfico.

Veamos. Entre 1700 y 1800, por utilizar las estadísticas del país que va a la cabeza de las dos revoluciones primeras, la población inglesa pasa de 5 a 9 millones de habitantes. Es decir, que aumenta en un 80 % frente al 25 % del siglo XVII (en 1610, la población era de 4 millones escasos). En el siglo XIX, y tomando una referencia más amplia aunque menos precisa, dado nuestro enfoque de desarrollo-subdesarrollo, este crecimiento demográfico se intensifica aún más. Los 187 millones de europeos de 1800 pasan a ser 423 millones en 1900.

Naturalmente es en las áreas más industrializadas donde este aumento se advierte más. Tal crecimiento lleva evidentemente consigo una plurificación y complejidad mayor en las funciones del organismo social, en las capas superiores y medias, afectadas progresivamente por una escolarización y enseñanza superior más amplias y de mejor calidad. En la base significan una fuerza motriz de carácter más intenso, y en su totalidad un notable ensanchamiento del campo de comercialización de los productos, salidos de una industria siempre en expansión y que teme como una pesadilla el almacenamiento de aquéllos, punto de partida de tantas crisis económicas.

Una demografía próspera es siempre un factor positivo en una política de desarrollo, pero ha de guardar unos límites. Su desbordamiento puede producir efectos totalmente contrarios.

El éxito de Occidente, en claro contraste con los actuales países subdesarrollados, fue que acertó a mantener este equilibrio; sacrificando otros valores, ése es otro punto, pero lo consiguió.

Nos preguntamos: ¿hubiera podido asimilar, dentro de su ritmo de desarrollo, en el siglo XIX todo el contingente de población al que necesariamente le arrastraba, por imperativo de ley biológica, su crecimiento vegetativo? Creemos que se puede responder que no. Pero hubo dos fuerzas reductoras y salvadoras a un tiempo que hicieron descender la cifra hipotética de 1000 millones de habitantes que Europa hubiera podido o debido (como queramos) alcanzar en 1900 a los



La puerta de Damasco, en Jerusalén. La paz de Versalles sentó las bases para la accidentada historia colonial de Oriente Medio. El mandato, creación de aquella organización, debía llevar a los sometidos a él a la plena independencia. Pero Gran Bretaña hizo caso omiso de aquella obligación y contribuyó además al desencadenamiento del conflicto árabe-israelí.

423 millones dichos. Estos dos factores fueron la emigración precisamente a países transoceánicos, muchas veces identificada con el futuro Tercer Mundo, y el neomaltusianismo.

Entre 1801 y 1840, Europa envía regularmente más allá de los mares que la rodean entre 30.000 y 40.000 habitantes por año. De 1840 a 1870, la emigración se intensifica aún más. Todos los años salen de los puertos de Europa entre 200.000 y 300.000 europeos. En total, la emigración europea viene a totalizar, de 1800 a 1930, unos 40 millones de seres humanos. Marchan los que aquí no encuentran trabajo, los que hubieran podido convertir el río bullicioso y claro del desarrollo europeo en el siglo XIX en un lago cerrado destinado a corromperse. En un momento de angustia, Europa respiró, abriéndose al futuro Tercer Mundo. Por aludir a un caso concreto, Italia razona su ocupación de Libia, Somalia y Etiopía, en los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX, por la necesidad de dar salida a su mal endémico de superpoblación, sobre todo cuando, por razones del mal trato recibido, Giolitti decide suspender en 1902 el tradicional contingente de emigración italiana a Argentina.

Hacia 1870, cuando la emigración europea transcontinental comienza globalmente a decrecer, la sociedad burguesa asimila, hasta convertirlas en un símbolo de su existencia, las ideas de Th. Malthus. Ideas vueltas del revés. Por eso se le denominará neomaltusianismo. Malthus había promovido la limitación de nacimientos de la clase más pobre. Ahora será la burguesía acomodada quien limite los nacimientos. Malthus había propuesto medios naturales: abstención en el matrimonio, casarse mayor... La burguesía escoge medios artificiales que mantienen íntegro el disfrute: onanismo, anticonceptivos, abortos... La consecuencia es una nueva sangría de vidas, que de nuevo sanean el organismo socioeconómico de las áreas industrializadas. Si la fecundidad de los países en cuestión era de 35 por mil a finales del siglo XVIII, en las primeras décadas del XX apuntan ya los índices de 20, 16 y aun cifras inferiores en casos particulares.

La revolución demográfica, limada de sus aristas, deja de ser un fantasma que amenaza con desbaratar lo alcanzado y se convierte en colaborador entusiasta de otras dos revoluciones. Así queda explicado el avance arrollador de un puñado de países que necesariamente habría de destacarse sobre el resto de los países del globo. Avance arrollador, en primer lugar, en relación consigo mismos. Nicolás Kaldor estima que el índice de crecimiento del conjunto de estos países, a mediados del siglo XVIII, era cuarenta veces inferior al de estos mismos países que hoy llamamos desarrollados o posdesarrollados en el siglo XX. Avance arrollador, en segundo lugar, con relación a los demás.

La diferencia entre el nivel de vida del país más adelantado (Inglaterra, por ejemplo) y el del más atrasado en el siglo XVII (Egipto, por ejemplo), nota Freyssenet, era del doble, a lo más del triple, mientras que la actual diferencia entre el nivel de vida de los Estados Unidos y el de la India es de unas treinta veces superior en favor de la gran potencia americana.

Es preciso ahora centrarnos en el otro polo. Sería más cómodo pasar de extremo a extremo, de un lado a otro del espectro: de los países desarrollados a los países subdesarrollados. Pero es indispensable, por rigor y a la vez incluso por claridad, proceder por gradación, por escala.

Hay tres tipos de países, mejor tres grandes áreas, contradistintas de la que acabamos de estudiar:

1) Países a los que estas tres revoluciones llegan con retraso, y cuando lo hacen, no de una manera perfecta: caso de Italia, España, Polonia...

2) Países en los que no actúan conjuntamente, al menos con esa trabazón y equilibrio que es una de las razones de su éxito en el núcleo estudiado. América latina es un caso característico de este fenómeno. En ella se advierte una descompensación entre su revolución democrática burguesa, de tipo político, y su revolución industrial. La burguesía criolla, que puso en pie la revolución política de signo democrático, no acertó a prota-

Edificio ministerial en Riyad, capital de la Arabia Saudita, nacida como estado soberano en 1930.



gonizar la revolución industrial, como sucedió en Europa o más próximamente en los Estados Unidos. Se replegó durante el siglo XIX a un estadio feudal e inoperante. Fue una burguesía que hizo política, pero no creó riqueza ni mejoró las condiciones de existencia, con la repercusión consiguiente en la demografía. La revolución política actuó en el vacío, desequilibrada, dando pie a ese ritmo convulso revolucionario-dictatorial que caracteriza a los países latinoamericanos durante la época contemporánea. Por su parte, la revolución demográfica no sólo no se adelantó a los comienzos mismos del siglo XVIII, sino que ha estallado tardíamente en el XX, con un marchamo más propio del grupo 3), el del total subdesarrollo.

3) Áreas, mejor que países, totalmente ajenas a las tres revoluciones dichas. Allí donde ha faltado una clase burguesa y un precapitalismo económico, cuya razón de ser y origen histórico se proyectan sobre los comienzos de la Edad Moderna y aun llegan hasta las profundidades de la Edad Media. Simplemente, otra evolución histórica enteramente distinta e iniciada desde muy atrás; incluso otro tipo de hombre, tal vez troquelado por vez primera en Grecia y muy condicionado por el clima equidistante, del frío y calor extremos, de la hostilidad total del medio, que anula las facultades, y de una excesiva blandura, que las enerva; también el influjo específico de una religión, caso del protestantismo, con su notada tendencia a favorecer un espíritu capitalista y burgués, según la tesis de Max Weber, siempre controvertida pero nunca contradicha. Todo esto faltó en las zonas más características del actual subdesarrollo.

Por otro lado, la lejanía geográfica en que se situaban impidió que se produjese en ellas un tipo de influjo por contacto o contagio desde la zona vital del desarrollo, de acuerdo con la conocida ley de expansión económica e integración de campos dentro de un espacio continuo; precisamente esta ley haría valer sus resultados en ciertos países de la zona templada, menos tocados por la revolución democrática e industrial y que en sí no tenían suficiente capacidad de iniciativa, pero que con el tiempo mejoraron su situación, en el sentido de que aceleraron su desarrollo, a remolque de los más dinámicos. Es el caso de los incluidos en el grupo 2) y algunos de los clasificados en el 3).

Una clara prueba de esta fuerza de propagación por continuidad, siempre hasta determinados límites, de ciertos países subdesarrollados la tenemos en el hecho de que los países africanos que asoman al Mediterráneo, de Egipto a Marruecos, estuvieron a punto, en el siglo XIX, de dar el salto a la revolución industrial, a la liberalización de su régimen político feudal. El Egipto de Mehemet Alí y sus inmediatos sucesores y el gobierno de Sedok Bey en Túnez, quien en 1861 llegó a intentar establecer en el país una monarquía parlamentaria, son los dos ejemplos más claros. En Argelia y Marruecos también existió un parecido proceso, aunque quedó más enmascarado (algunos rasgos de la personalidad de Abd el- Kader y los intentos renovadores del sultán de Marruecos Mohamed ben Abdallah, a fines del siglo XVIII).

Pero fracasaron, pues el contagio llegaba ya algo debilitado, supuesta cierta distancia de los centros de irradiación; además las fuerzas neutras o contrarias en materia de religión, el clima, los hábitos sociales hicieron valer su influjo contrarrestador; llegado, además, el momento decisivo hace su aparición una exigencia estructural por parte de los países desarrollados, que observamos aun hoy día, de que existe un polo opuesto no desarrollado; algo así, diríamos en términos elementales, como el rico que para ser rico necesita que exista el pobre.

El bey de Túnez se endeuda excesivamente con Francia e Inglaterra, como consecuencia precisamente de su audaz plan de reformas, y sucumbe, al fin, ante el cumplimiento de unos plazos de vencimiento que el dinero capitalista, esencialmente vivo y autocreador de riqueza, no respeta, más aún, tiene inte-



Senegaleses que intervinieron en la segunda Guerra Mundial. Como en la primera conflagración, las potencias colonialistas pidieron ayuda a sus territorios sometidos a cambio de lo que éstos más deseaban: la libertad política.

PAISES NEUTRALISTAS EN 1972

(asistentes a la conferencia de Georgetown, agosto de 1972)

Afganistán	Dahomey	Lesotho	Senegal
Alto Volta	Egipto	Líbano	Sierra Leona
Argelia	Emiratos Árabes Unidos	Liberia	Singapur
Bahrein	Etiopía	Libia	Siria
Birmania	Gabón	Madagascar	Somalia
Botswana	Ghana	Malasia	Sudán
Burundi	Guinea	Malawi	Swaziland
Camerún	Guinea Ecuatorial	Mali	Tanzania
Ceilán	Indonesia	Marruecos	Togo
Centroafricana, República	Iraq	Mauricio	Trinidad-Tobago
Congo, República Popular	Jamaica	Mauritania	Túnez
Cuba	Jordania	Nepal	Uganda
Chad	Kenia	Níger	Yemen, República democrática
Chile	Kuwait	Nigeria	Yugoslavia
Chipre	Laos	Ruanda	Zaira
			Zambia

rés en no respetar. Algo semejante le sucede a Ismaíl, nieto y segundo sucesor de Mehemet Alí, cuando en 1871 tiene que vender las acciones que poseía del canal de Suez a Inglaterra. Ismaíl salió de la bancarrota, pero Inglaterra encontró en el saneamiento financiero la oportunidad de no permitir que un país medianamente próspero e independiente quedase apostado al borde mismo del canal y en el paso estratégico por tierra hacia la India a través de Palestina e Iraq, que Gran Bretaña no tardaría en ocupar. Más aún, en la proporción en que descubriese la importancia del algodón egipcio como materia bruta para sus hilados y más tarde se hiciese cargo de las fabulosas riquezas en petróleo del Oriente Medio, Inglaterra, consciente o subconscientemente, tenía que ahogar las tendencias renovadoras y podemos decir "desarrollistas" de este sector, que un día pudo aproximarse al pie de la balanza histórica entre el desarrollo y el subdesarrollo.

Hemos hecho ver cómo la franja del norte de África marca un límite característico. Tras el Sáhara y el Oriente Medio, ya no alcanza de ningún modo la radiación que sale del núcleo de desarrollo. Viene la oscuridad total del subdesarrollo; en él, los efectos puramente negativos de la ausencia de burguesía, precapitalismo y prosperidad demográfica, se hacen sentir con toda su fuerza. Allí también se hace más efectiva la necesidad que los países capitalistas y ricos tienen de una base económica y social que los sustente; los tentáculos económicos del capitalismo industrial quedaban clavados en ella como arpones desde el primer momento. Con el tiempo aumentarán en complejidad y eficacia reductora. Es la historia del colonialismo en los siglos XIX y primeros decenios del XX.

El planteamiento demográfico del Tercer Mundo

Es ahora cuando la demografía demuestra su decisiva influencia para bien o para mal en todo proceso de desarrollo. Esta zona de subdesarrollo, en cuanto implicada en el hecho colonial, se ha visto afectada por una mejora en las condiciones de higiene y salubridad que parte del interés personal de los mismos blancos y no olvida, a través de planteamientos filantrópicos y cristianos, la mejora en las condiciones de vida de los mismos nativos. La enfermedad del sueño, el paludismo, la malaria, etc., van cayendo vencidos ante los progresos de la medicina tropical, que se cultiva con especial interés en las grandes universidades de la metrópoli. Después de la segunda Guerra Mundial se verificó en todo el sur de Asia una gran operación de fumigación aérea con D.D.T. que aseptizó aquellas vastas extensiones, diezmadas hasta entonces por la malaria.

Descendió bruscamente la mortalidad. De valores de 40 y aun 45 por mil, característicos de los años veinte, se ha descendido en 1970 a 27 por mil en la India, 20 en el Congo, 17 en Guatemala. Entre tanto, la natalidad se ha mantenido con la característica fuerza biológica de los países cálidos y la fecundidad especial de los medios pobres. Josué de Castro desarrolla especialmente este punto en su geografía del hambre, al recordar que "la mesa del pobre es escasa, pero su lecho es fecundo". Más aún, el descenso de la mortalidad ha afectado también a los nacimientos al mejorar las condiciones sanitarias, que atienden a la mujer embarazada y al nacimiento mismo. Es un desagüe que se obtura cada vez más (mortalidad drásticamente en descenso) y un chorro poderoso de

vidas humanas (natalidad incluso intensificada, con índices desconocidos en toda la historia de la Humanidad, 45 por mil en Egipto), que mana cada vez con más fuerza.

No podemos por menos de dirigir la vista a aquel Occidente decimonónico en auge demográfico que encontró su equilibrio en la doble fuga de la emigración y el neomaltusianismo: aquí está el centro de la cuestión, el último trazo oscuro que termina de configurar el subdesarrollo, la última palada de tierra que a veces hace pensar en una muerte sin remedio. El neomaltusianismo, íntimamente ligado al racionalismo occidental y sentido de cálculo burgués, no penetra fácilmente en estas sociedades, a pesar de las grandes sumas invertidas para propagarlo y casi imponerlo. Dice N. Bernheim en una de las últimas aportaciones hechas al tema: "Deberán pasar varias generaciones, y ello sin ceder nunca en los esfuerzos y gastos, para conseguir unos resultados positivos en la disminución de la natalidad del Tercer Mundo... Aunque los métodos científicos consigan anticonceptivos de fácil empleo, aunque los gobiernos se empeñen en llevar adelante una política de regulación de la natalidad, no habrá presión externa capaz de hacer abandonar a sociedades enteras su espíritu natalista ancestral, máxime si estas presiones vienen rodeadas de ideas y métodos importados".

En cuanto a la emigración, son los países desarrollados quienes dosifican cuidadosamente el permiso de entrada a los habitantes de los países subdesarrollados, que en este desequilibrio creciente entre exceso de población y falta de recursos buscan unas oportunidades de trabajo en los países ricos. Inglaterra, a pesar de sus especiales compromisos contraídos con la Commonwealth, tiene fijado su cupo de entrada de emigrantes de color en cincuenta mil cada año. No quiere aumentar el paro laboral que ya tiene; pero, sobre todo, teme la invasión de su territorio nacional por los hombres de color. El *dark million,* el millón de hombres de color que ya cuenta sobre sus 54 millones de habitantes, es una pesadilla colectiva. Otros países industrializados mantienen posiciones similares o incluso más restrictivas.

Por eso podemos concluir con Y. Lacoste: el subdesarrollo es el producto de un proceso colonial injusto y, en el último momento, de una descompensación entre desarrollo económico-recursos y población.

Éstos son y así se explican los países subdesarrollados, Tercer Estado del siglo XX. Ahora bien, lo característico del Tercer Estado en sus distintas versiones históricas es la inmediata puesta en pie en la hora de su momento histórico y, como consecuencia de una toma de conciencia, no se ha salido hasta hoy de los moldes que el mismo Sieyès le trazara en su triple pregunta y que nosotros obligadamente hemos de asumir ahora.

¿Qué somos en existencial realidad?, preguntaba Sieyès. Todo.



Vista de Macao en el siglo XIX (Biblioteca Nacional, París). Tras la descolonización del sudeste asiático, los enclaves portugueses son los únicos que, junto a Hong-Kong, se han mantenido en aquella región.

La fuerza histórica del Tercer Mundo

Todo, en primer lugar, por el número. Sieyès había apoyado aquí con especial interés su argumentación. Decía con su sobriedad característica: "Pues bien, no hay sino doscientos mil privilegiados [la suma de nobles y altos eclesiásticos]. Comparadlo con los veinticinco o veintiséis millones de habitantes con que cuenta Francia y sacad vosotros mismos las consecuencias".

La versión siglo XX es ésta: la población actual del mundo es de 3.400 millones de habitantes. Deduzcamos de ella: Estados Unidos y la U.R.S.S., la Europa industrial, más Canadá, Australia, Nueva Zelanda... no alcanzan los mil millones de habitantes. El resto, que rebasa ya ampliamente los dos tercios (unos 2.500 millones), acoge el Tercer Mundo en el sentido de Tercer Estado de países subdesarrollados. Y todavía más y sin salirnos de la cantidad de efectivos: este Tercer Estado lo es todo, por la vitalidad y la juventud biológica que esa población encierra. Los mil millones escasos de privilegiados de 1970 en el año 2000 habrán crecido débilmente (índices de natalidad de 14 por mil como término medio), logrando superar difícilmente la cifra de 1.300 millones de habitantes. Además, dada la larga esperanza de vida que caracteriza a los países postindustriales y su bajo índice de mortalidad, será una población constituida por personas preferentemente maduras y aun ancianas.

El Tercer Mundo, en cambio, contará entonces más de 5.500 millones de habitantes: los cinco sextos. Nigeria, por ejemplo, que

hoy cuenta con 50 millones de habitantes, llegará entonces a los 165 millones, los mismos que Estados Unidos en los años de la segunda Guerra Mundial. Y será en virtud de los índices de natalidad elevados una población joven y vigorosa. El 44 %, por ejemplo, de la población actual de Libia cuenta con menos de quince años, no está cansada, pero sí de regreso de un largo ciclo histórico.

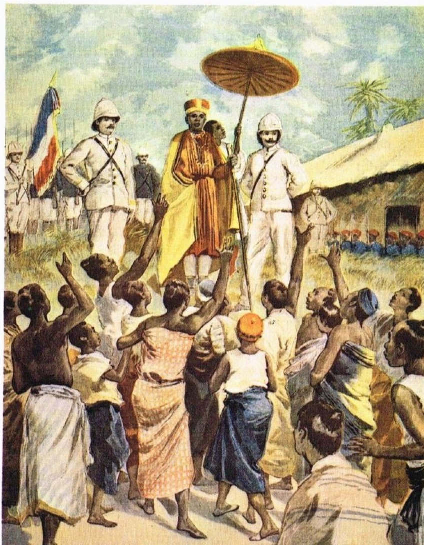
No se trata, con todo, de cantar un himno a los nuevos bárbaros que han de sitiar y rendir la ciudadela de un Occidente desarrollado hasta la sofisticación, como los germanos asaltaron Roma en el siglo V. La forma como van introduciéndose, filtrándose insensiblemente –cada vez se ve más gente de color en nuestras ciudades de Occidente–, evidencia aún más la comparación. Pero conviene prevenirse mucho en Historia ante la sugestión de esas macrocomparaciones históricas a las que la novedad creadora, que, como duro diamante, está engastada en el buril-mordiente de la Historia, deja fácilmente en vía muerta e incluso en ridículo. Pero prevenir una sugestión no es lo mismo que denunciar una utopía o falsedad; la sugestión puede cumplirse.

Tampoco conviene identificar sin más esa juventud biológica y espiritual con una garantía de futura primacía moral. Por aquí también puede afectarle al Tercer Mundo una leyenda de la que no necesita. Con textos de Fanon y resonancias de "Orfeo negro" puede crearse una tesis mesianista y angelista del Tercer Mundo. No, los hombres del Tercer Mundo, líderes y pueblo, mantienen la condición humana, con sus aspiraciones y taras. Conocerán y han conocido ya las guerras mutuas y aun el racismo discriminador, que hoy ensombrecen tantas páginas de la historia de Occidente. Ante ese ser todo, de índole numérica y poblacional, nosotros preferimos limitarnos al lacónico comentario de Sieyès en circunstancia similar: "Éstos son los datos. Juzgad vosotros la cuestión".

Estos países lo son todo también por las inmensas riquezas inexplotadas que encierran. Lo que dice Cheik and Diop de África puede aplicarse a Asia y a la América subdesarrollada: "Nuestro continente es, por así decirlo, el centro de la energía y de las materias primas mundiales; Europa es como un armario vacío". P. Bairoch aporta este interesante dato, deducido de una serie de estadísticas comparativamente estudiadas: en nuestros días, el 65 % del petróleo, el 70 % de la bauxita, el 37 % del hierro provienen de estos países subdesarrollados. En cuanto a la producción de caucho natural, tan imprescindible en múltiples ramas de la industria, está enteramente en sus manos, con Malasia e Indonesia al frente de la producción; solamente ellos dos guardan más de la mitad de la producción mundial. Siguen luego Thailandia, Ceilán, India, Sarawak...

Eso sí: en agudo contraste, la lista de los consumidores de este producto no cuenta con ninguno de ellos; son más bien Estados Unidos a la cabeza, Francia, Gran Bretaña, Canadá, Alemania. Algo semejante puede decirse de la producción de cobre: si excluimos a Estados Unidos, Canadá y Australia, el resto de los grandes productores pertenece al Tercer Mundo, con casos como el de Zambia, que dentro de sus pequeñas dimensiones encierra la tercera riqueza cuprífera del mundo. No es Zambia el caso único de un país insignificante por su extensión o su grado de desarrollo, convertido en hijo mimado de la madre tierra: pensemos en Libia o Kuwait y su petróleo; en los grandes yacimientos de hierro de Mauritania; en las reservas de fosfatos del territorio del Sáhara español. Frente a este espectáculo de derroche podemos decir que Occidente, y Europa sobre todo, es "como un armario vacío".

Proclamación por Francia de un nuevo rey en Dahomey (Biblioteca Nacional, París). En el África occidental, las colonias establecidas por los europeos tuvieron todas una fachada que daba al mar antes de introducirse en el Sáhara.



El Tercer Mundo, entidad descualificada

¿Qué son, en realidad? Nada. No ser nada en la vida política internacional y en el contacto mutuo de los pueblos supone no tener capacidad de opinión y menos de de-

cisión en los asuntos de interés universal, sobre todo en aquellos que directamente les conciernen. Significa también no sentirse valorados en sus aportaciones científicas, técnicas, culturales. Es también sentirse empequeñecido, víctima de un auténtico complejo psicológico de carácter colectivo ante el bombardeo ininterrumpido de infravaloraciones y desvíos, como los que el Tercer Mundo ha sufrido durante cuatro siglos. G. de Bosschère puntualiza así el efecto demoledor que sobre el pueblo africano y el negro en general de nuestros días ha dejado la trata de negros ocurrida entre los siglos XVI y XIX: "Las consecuencias de la 'trata' serán innumerables y de una gravedad insospechada. Sus repercusiones llegan hasta hoy... Puede decirse que desde entonces África no ha recuperado su equilibrio. Y éste puede ser uno de los motivos de la inestabilidad de los países recientemente independizados. En cuanto a las Antillas, alienadas y traumatizadas por la esclavitud primero, por la asimilación después, hacen nacer día a día seres humanos sin identidad propia".



Palacio real de Addis Abeba. En esta ciudad se celebró la conferencia de primeros ministros o jefes de estado africanos en que se acordó constituir la Organización de la Unidad Africana (O.U.A.).

Es cierto que hay una nueva y casi podemos decir poderosa apreciación del ritmo y modulaciones negras en el arte musical; que las nuevas corrientes de la sofrología enriquecen desde Oriente y aún pueden transformar profundamente nuestra psicología y psiquiatría, excesivamente racional y empírica; que la acupuntura puede ser una aportación importante a la técnica quirúrgica; que el Tercer Mundo ofrece cada día, en mayor abundancia, de su impresionante cantera demográfica, minorías de valor, podemos decir, excepcional en todos los campos, etc.

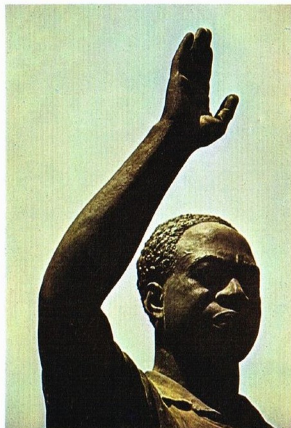
Pero son episodios demasiado dispersos y demasiado recientes. Como una losa pesada, aún sigue oprimiendo a los pueblos de color esa seudosuperioridad manifestada de forma descarada por el hombre blanco, punto de apoyo de una desigualdad radical en todos los órdenes. E. Tcherniak ha recogido en su obra *Les avocats du colonialisme* una dura pero real antología, que llega hasta nuestros días, de tales juicios negativos. Nosotros vamos a traer de muestra uno que él no recoge: por la importancia histórica del personaje y de la ocasión en que se pronunció; porque nos sitúa en los años más dramáticos de ese no ser nada, cuando estaba a punto de romper el amanecer de la liberación. Decía lord Balfour en la conferencia de Versalles en 1919: "Es exacto en cierto sentido que todos los hombres de una nación determinada (Gran Bretaña, por ejemplo) han sido creados iguales. Pero no es exacto que un hombre del centro de África sea igual a un europeo". Estas palabras, pronunciadas en una de las más altas ocasiones que ha conocido el siglo XX, se propagaron rápidamente de tribu en tribu, de arrozal en arrozal, hiriendo con sentimiento y aun resentimiento la sensibilidad de quienes a partir de entonces más que nunca se proponían comenzar a "ser algo".

Efectivamente, es la tercera pregunta, el paso al frente. No han transcurrido todavía los años suficientes como para lograr cuantificar y sobre todo valorar la aportación hecha por el Tercer Mundo a los destinos de la historia universal una vez que, desde su independencia, se han incorporado a ella de forma activa. Pensemos que el Tercer Mundo es aún un volcán en actividad. Todavía no ha terminado la erupción. Namibia y Honduras británica viven hoy las mismas horas parecidas de espera y tensión con la metrópoli que Ghana en 1950 o Ceilán en 1945.

Con todo, si hubiésemos de concretar esta aportación en un punto a la vez fundamental por su importancia y universal por la extensión de sus efectos, citaríamos, sin lugar a duda, el neutralismo. Toda una nueva doctrina y posición política en el terreno internacional, tan arraigadas además en el Tercer Mundo e incluso identificadas con sus rasgos más esenciales, tal como los hemos venido describiendo en páginas anteriores, que acaban por parecernos términos equivalentes.

De hecho, cuando repasamos la relación de los países neutralistas observamos que dicha lista se identifica globalmente con la de los países descolonizados en el siglo XX, del mismo modo que ésta era muy coincidente

Nkrumah, líder de la independencia de Ghana y del panafricanismo.



Vista de Conakry, capital de la Guinea francesa, cuyo jefe, Seku Turé, fue de los primeros en rechazar la Unión Francesa y seguir los pasos del líder Nkrumah.



con la de países subdesarrollados. De hecho, colonialismo, subdesarrollo, neutralismo son los tres lados de un triángulo no cerrado, sino abierto. Siempre hay algunos países que pertenecen a un grupo pero no al otro, y viceversa. Pero la figura, la correlación triangular, se mantiene siempre, incluso –para seguir hasta el fin el método escogido– hay una relación semántica entre neutralismo y Tercer Mundo.

De los dos vocablos que integran esta expresión (Tercer Mundo), el primero, "tercero", hemos visto como ha tendido a independizarse –como tantas veces en el siglo XX: tercera dimensión, tercer hombre, tercera edad–, recayendo en un tercer estado, que iluminó desde su contenido al Tercer Mundo. Ahora continúa su marcha en solitario. El neutralismo es una "tercera fuerza" que rompe la dicotomía de dos fuerzas que ocupaban anteriormente la totalidad del campo de acción. Estas dos fuerzas no son los nobles y altos eclesiásticos, como en el caso del Tercer Estado, ni la edad juvenil y la edad madura, como en el caso de la Tercera Edad, sino las dos antagónicas de las dos grandes guerras del siglo XX y de la guerra fría, a cuyo abrigo, siguiendo su calendario, apoyándose en sus acontecimientos, el Tercer Mundo ha nacido.

La vocación neutralista del Tercer Mundo

Analicemos, pues, este neutralismo, siempre según un raciocinio histórico, con la convicción de que descubriremos en él una nueva faceta del Tercer Mundo. Nuevamente hemos de partir de los años inmediatos a la Gran Guerra de 1914. Aquella Sociedad de Naciones que se creó con el grupo de países euroamericanos tradicionales más algunos pocos anejos vio en seguida como llamaban a sus puertas los primeros estados del Tercer Mundo que comenzaban entonces a independizarse: Iraq, Arabia, Egipto... Estos países encontraban en la Sociedad de Naciones el medio institucionalizado de intervenir en los asuntos internacionales, pero no podían menos de sentirse ajenos a la problemática cerradamente nacionalista y europea que habitualmente se debatía en Ginebra. El tema de las fronteras alemanas, la supervivencia de la nacionalidad checoslovaca, las reparaciones de guerra, las fricciones entre Italia y Austria por el Tirol del sur, etc., eran cuestiones demasiado arraigadas en la historia particular de Occidente para interesar a los recién venidos.

Dentro del funcionamiento real de la Sociedad de Naciones, con sus grupos hechos y sus célebres *Tea Parties,* ellos quedaban un

RENTA "PER CAPITA" EN LOS PAISES DEL TERCER MUNDO

(en dólares, según Anuario de las Naciones Unidas, 1971)

Afganistán (1963): 57.
Alto Volta (1963): 45.
Arabia Saudita (1969): 350.
Argelia (1968): 251.
Birmania (1968): 75.
Botswana (1970): 97.
Buthan (1963): 54.
Camerún (1963): 120.
Ceilán (1969): 150.
Centroafricana, Rep. (1963): 101.
Congo, Rep. Popular (1963): 71.
Corea del Sur (1970): 241.
Costa de Marfil (1970): 309.
Chad (1963): 58.
Dahomey (1963): 71.
Etiopía (1963): 44.
Fidji (1968): 338.
Filipinas (1970): 342.
Formosa (1970): 364.
Gabón (1970): 688.
Ghana (1968): 222.
Guayana (1969): 295.
Guinea (1965): 90.
Hong-Kong (1963): 434.
India (1969): 88.
Indonesia (1970): 107.
Irán (1970): 341.
Iraq (1969): 274.
Jamaica (1970): 545.
Jordania (1969): 280.
Kenia (1970): 130.
Khmer, República (antes Cambodge) (1963): 117.
Laos (1963): 61.
Líbano (1968): 487.
Liberia (1968): 181.
Malasia (1967): 302.
Malawi (1968): 55.
Mali (1963): 71.
Marruecos (1969): 186.
Mauricio (1970): 222.
Mauritania (1963): 101.
Nepal (1963): 57.
Nigeria (1963): 71.
Omán (1970): 80.
Pakistán (1969): 132.
Rwanda-Burundi (1963): 70.
Senegal (1969): 190.
Sierra Leona (1963): 120.
Siria (1968): 244.
Somalia (1963): 65.
Sudán (1968): 104.
Swaziland (1967): 152.
Tanzania (1970): 91.
Thailandia (1963): 101.
Togo (1963): 79.
Túnez (1969): 215.
Uganda (1963): 68.
Yemen (1963): 50.
Yemen, República Democrática (1963): 166.
Vietnam (1968): 181.
Zaira (1968): 65.
Zambia (1969): 375.

Observaciones: 1) Hay que distinguir entre la pobreza media en términos absolutos (tal *renta per cápita*) y el ritmo de crecimiento del producto nacional bruto. Dos países pueden ser igualmente pobres, pero uno marcha con mayor rapidez hacia una mayor prosperidad que el otro. Entre los que unen baja *renta per cápita* y escaso ritmo de crecimiento se encuentran Birmania, Zaira, Mali y Somalia, cuyo producto nacional bruto aumenta en menos de un 3 por 100 al año. En cambio, Corea del Sur, Mauritania y Thailandia progresan rápidamente, en más de un 6 por 100 al año.

2) Nos hemos limitado a los países que han conseguido su emancipación hasta 1972, más algunos estados afroasiáticos que, si bien en lo político han sido tradicionalmente independientes (Thailandia, Liberia), se encuentran, hoy como ayer, condicionados por las fuerzas económicas superiores de las grandes potencias.

3) La cifra entre paréntesis de nuestra lista indica el año del que se ha tomado el dato. Es fácil comprender que esos países no siempre cuentan con servicios de estadística lo suficientemente preparados.

4) Como elementos de relación y de comparación pueden ser útiles las siguientes cantidades de *renta per cápita,* referidas en este caso al año 1970: Francia, 2.606; Suecia, 3.695; Estados Unidos, 4.274.

tanto desplazados. En cambio, pronto entraron en relación con los escasos países independientes ajenos al núcleo occidental, que también habían llegado a ser miembros de la Sociedad: Afganistán, Persia, Etiopía... No fue difícil, por lo demás, descubrir, al observarse mutuamente, un rasgo común de pobreza, tras de la cual, confusamente ya entonces, veían una explotación económica por parte de los "otros", de los países capitalistas, los de la guerra del catorce en uno y otro bandos, con su signo imperialista denunciado por Lenin, los de la mal hecha paz de Versalles que la Sociedad de Naciones trataba de subsanar, los futuros rivales del conflicto nacido tras el fracaso y desintegración de la gran asamblea en 1939.

Esta afinidad se demostró en la viveza con que Iraq y Egipto reaccionaron cuando en el año 1937 se planteó el problema de las relaciones, al parecer abusivas económicamente, entre las compañías petrolíferas británicas, respaldadas por el gobierno de Su Majestad, y el gobierno persa. Los desinteresados de otras muchas sesiones se pusieron de parte del país pobre, no occidental, geográficamente próximo.

Pasada la guerra, esta postura se afirma aún más. Ahora en las Naciones Unidas, que han tomado el relevo de la desaparecida Sociedad, los nuevos países que llegaban a la independencia, instintivamente se agruparon entre sí y en torno a aquel primer núcleo del Medio Oriente. A las viejas querellas nacionalistas de entonces sucedían ahora las tensiones de alto nivel entre las dos grandes potencias vencedoras, Estados Unidos y Rusia, enfrentadas en una nueva forma de conflicto: la guerra fría. Otra vez, y con más razón, los países extraoccidentales y nuevos se sintieron extraños a las presiones y orquestación del enfrentamiento, incluso incitaron el ademán de una conciliación.

Repasemos este texto significativo, recogido por P. Queille en su *Histoire de l'Afro-asiatisme.* Es un comunicado referido a la tercera sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas celebrada en septiembre de 1948: "Estos a quienes se llama los neutros se han convertido en los portavoces de todos los países del mundo que manifiestan su deseo de ver reinar el acuerdo entre las grandes potencias y que sean arreglados pacíficamente los grandes debates". El neutra-



Abdicación del sultán de Marruecos Muley Hafid (Biblioteca Nacional, París). A partir de la segunda mitad del siglo XVIII se establecieron relaciones de todo tipo entre ambas orillas del Mediterráneo, y especialmente Francia extendió sus apetencias a la orilla africana. Después de Argelia (1830) y de Túnez (1882), le llegó el turno a Marruecos, que en 1912 tuvo que hipotecar su independencia al dominio y protectorado francés. Muley Hafid, a quien nuestra ilustración muestra en el momento de su capitulación, representó la última oportunidad de Marruecos para evitar una etapa colonial en su historia. Moriría retirado en Francia en 1937.

lismo así se hacía activo; no era una "neutralidad" de corte clásico, montada sobre el aislamiento y la no interferencia; este perfil dinámico del neutralismo aparecería muy bien destacado en estas palabras de Sukarno: "Porque somos independientes de uno y otro bloques, porque buscamos activamente los medios de conciliación, consideramos nuestra política independiente y activa".

A lo largo de los años cincuenta, el neutralismo se robusteció no sólo por el número de los que se adherían a él, sino como consecuencia de una serie de razones internas que actuaron congruentemente. La primera promoción de países descolonizados después de la segunda Guerra Mundial: India, Ceilán, Birmania, Vietnam, Cambodge, Laos, traían en su tradición religiosa fuertemente arraigada, budista o hinduista, una clara orientación pacífica. Pesaba además el recuerdo de Gandhi, el apóstol de la no violencia. Pero aun desaparecido él, el birmano U-Nu y el cambodgiano Sihanuk eran sus más destacados representantes. También influyó la aparición en el horizonte de la política internacional, en 1948, del caso yugoslavo, o el caso Tito, como se acostumbró a decir entonces. Rotos sus vínculos con Moscú, pero suficientemente distanciado desde sus preocupaciones socialistas del grupo capitaneado por Estados Unidos, se situó en una tercera posición, en la que pronto vieron un aliado los neutralistas del Tercer Mundo. La proximidad geográfica y amistad personal entre Nasser y Tito facilitó aún más los cauces de acercamiento. Y la primera conferencia de países neutralistas que se celebró en el mundo no tuvo su sede en Colombo o Rangoon, sino en Belgrado, año de 1961; la segunda en El Cairo en 1964.

Entre 1948 y 1960 transcurre la guerra fría. Se ha dicho que el 8 de diciembre de 1950 fue el momento más próximo a una tercera guerra mundial que la Humanidad haya conocido desde 1945 hasta nuestros días. Si las armas no chocaron, la tensión dialéctica y psicológica alcanzó extremos que hoy día nos parecen totalmente desfasados. Por eso mismo, el neutralismo de los países del Tercer Mundo, situado entre los dos rivales, intocado y con vocación de mediador, fue sometido a una prueba, de la que salió más seguro de sí.

Los dos grupos se empeñaban en alinearlos en sus filas, en comprometerlos en su ideología. Es ahora cuando, junto a la palabra neutralismo, aparecen los sinónimos de países no alineados *(non-aligned)* o países no comprometidos *(non commited countries)*.

Foster Dulles se dirigía directamente a ellos cuando decía en 1952: "No se es neutro entre el bien y el mal, entre una revolución (la revolución de la libertad y del progreso personificada en los Estados Unidos) y la contrarrevolución de la doctrina estaliniana".

Al otro lado, como en los diálogos de alto coturno que los héroes griegos pronunciaban antes de las batallas, no tardó en escucharse la voz de J. Stalin; decía poco antes de morir, a fines del mismo año 1952: "Hoy se encuentran frente a frente la revolución y la contrarrevolución, la libertad y la tiranía, el socialismo y el capitalismo".

Los países neutralistas, cuyo número e importancia crecen a medida que la ola de descolonizaciones avanza y piden su ingreso en las Naciones Unidas, no acaban de entrar por este agujero dialéctico. Recordemos lo que decíamos al comienzo de este estudio sobre la dificultad última de los países del Tercer Mundo para aceptar el marxismo. La guerra fría estaba montada sobre unos supuestos históricos y mentales plenamente occidentales. Estas sociedades, que nunca habían conocido una burguesía propiamente tal y para quienes el discurrir dialéctico hegeliano era totalmente ajeno a su formación mental, difícilmente se sentían atraídas por ninguno de los dos bandos.

Pero a donde no llegaban los convencimientos dogmáticos podía alcanzar el peso de los argumentos de interés. Cada uno de los grupos pensó atraerse hacia sí a los países neutralistas mediante la promesa de una

ayuda material supeditada a la aceptación del compromiso y el alineamiento. Ahora, el neutralismo se interfiere con el subdesarrollo. Son los tres lados del triángulo dicho. Los países neutralistas que además eran pobres comprendieron la importancia del planteamiento, pero, en lugar de quedar presos por él, llegaron a superarlo aumentando las propias ventajas. Nueva baza en favor del neutralismo. Yugoslavia había ido por delante. Los Estados Unidos e Inglaterra, contentos de ver debilitarse el frente soviético, abrieron hacia el país mediterráneo un orificio de su ayuda, cerrado herméticamente por voluntad propia a los países comunistas. Rusia, por otra parte, no podía reconocer su entera derrota y mantuvo, aun en los momentos más difíciles del ocaso estaliniano, un hilo de relación y de ayuda económica hacia el satélite salido de órbita. Los países del Tercer Mundo encontraron así allanado este camino de la doble mano extendida hacia una generosidad interesada que provenía de dos antagonistas que coincidían en ser ricos. Nehru decía con ironía, pero con verdad: "Incluso desde un punto de vista oportunista, una política independiente es la mejor".

Este frente de la ayuda material ha sido el que en los años siguientes, incluso cuando la guerra fría haya cedido en sus posiciones, hará avanzar el neutralismo teórico y afirme su posición práctica.

Los países neutralistas piden a las grandes potencias que supriman sus gastos militares y empleen ese presupuesto en la ayuda para redimir a sus sociedades en subdesarrollo. Éste ha sido el mensaje de la conferencia de la U.N.C.T.A.D. celebrada en Santiago de Chile en la primavera de 1972 y de la última reunión, que propiamente es la tercera, ya que la de Argelia de 1965 no llegó a celebrarse, mantenida en Georgetown en el verano de 1972.

II. SU PROCESO DE FORMACIÓN

Hemos estudiado el Tercer Mundo desde todos sus aspectos. El análisis de la terminología al uso, pero no casual, nos ha proporcionado la llave para introducirnos en el laberinto de su compleja realidad. El método empleado, con lo que tuviera de nuevo y original, ha dado prueba de sí, se ha crecido a sí mismo, potenciando los resultados. Hemos llegado a la conclusión de que neutralismo, subdesarrollo y colonialismo son tres realidades históricas, con entidad propia, a las que el Tercer Mundo pone una etiqueta de unidad formal, ofrece un denominador común de contenido.

Es el momento, por tanto, de hacer que se descuelguen, partiendo de este análisis fundamental, los hilos trabados de unos acontecimientos concretos; nos toca ahora construir la historia fáctica del Tercer Mundo. Cuándo, cómo y por qué se han descolonizado cada uno de los ochenta estados que han hecho su aparición oficial en la vida internacional durante el siglo XX.

Esto quiere decir que habremos de cambiar de método. Ahora utilizaremos el tradicional y un tanto depreciado de la Historia entendida como elemental relación de acontecimientos. Pero creemos que, bien empleado, es insustituible en el quehacer de todo historiador. Habrá que superar la crónica fría y de alta política y hacer resaltar más bien la coherencia de los acontecimientos, el choque dramático de los hombres, el hilo orientador y causal que une el origen y la meta.

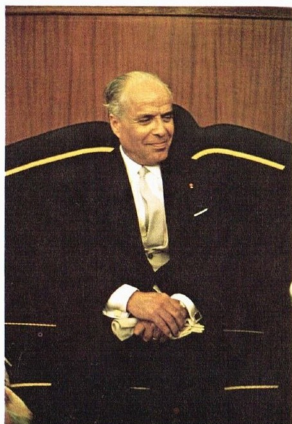
La descolonización en el Oriente Medio

Se puede afirmar que el Tercer Mundo nace al terminar la primera Guerra Mundial (1914-1918), cuando Gran Bretaña se vio precisada a aceptar el hecho consumado de la emancipación de unos pueblos situados en el Oriente Medio y hasta entonces sujetos al

Mausoleo de Mohamed V, sultán de Marruecos, en Rabat. Este sultán fue el héroe de la independencia y el primer jefe de estado de Marruecos libre en 1956. Fue querido por su pueblo y respetado en el medio político internacional. Su prematura desaparición (1961) ha dejado en Marruecos un hueco que nadie ha llenado hasta el momento. Ello es una de las razones de la profunda inestabilidad interna de este país.



Habib ibn Alí Burguiba, primer presidente de Túnez y líder durante muchos años de la independencia de su país. Últimamente se ha opuesto a deseos federacionistas que parecen prematuros.



Imperio turco. Dentro de su política de guerra, no había dudado en asestar un golpe por la espalda a los Imperios centrales adelantándose a la presencia de Alemania, aliada de Turquía en la guerra y protectora en el terreno económico y político en los años anteriores de paz. El ferrocarril Estambul-Bagdad, iniciado en 1903 con la financiación y asesoramiento de grupos alemanes, era el símbolo y la realización más importante de esta penetración germana en los dominios del Imperio otomano.

Sin embargo, no fue todo tan sencillo como acabar la guerra en calidad de vencedor, castigar a Alemania con el ostracismo internacional, disolver el Imperio turco y seguidamente comenzar a repartir credenciales de libertad entre los pueblos del Oriente Medio. Inglaterra en 1920, como tantas veces en su historia colonial, se revuelve en una maraña de contradicciones, proyecta su acción histórica hacia un abanico de objetivos múltiples que desconciertan a la otra parte interesada y aun hoy día al historiador. En el último momento no constituirá una excepción; cuando todo esté perdido, Gran Bretaña caerá en esa última resistencia que, como un reflejo incontrolado, ha rubricado casi siempre con sangre de guerras y atentados la presencia más o menos larga, peor o mejor justificada, de los países europeos en sus respectivas colonias.

En 1916, Inglaterra había dado su palabra de una rápida independencia al terminar la guerra a los distintos pueblos sometidos a Turquía. Precisamente en diciembre de ese año, el genio romántico e intelectual de E. Lawrence –el Lawrence de Arabia de la historia y la leyenda– había puesto en pie, en combinación con el jeque Hussein, la célebre legión árabe, que en 1917 alcanzaría sus más resonantes victorias. Pero simultáneamente, en ese mismo año (mes de noviembre), el gobierno de Su Majestad prometía al sionismo internacional, a través de la declaración Balfour, un territorio propio, fatalmente localizado en las mismas tierras que secularmente ocupaban los súbditos del fiel Hussein. Por otro lado, las constantes relaciones de amistad mantenidas con los jefes de las poblaciones árabes durante el conflicto no impidió a Inglaterra pactar secretamente (acuerdos Sykes-Picot, de julio de 1916) la cesión a su aliada Francia de dos zonas de influencia –Siria y Líbano–, sobre las que el gobierno francés venía ejerciendo desde los tiempos de Napoleón III un influjo militar (intervención en la guerra ruso-maronita de 1860), religioso-cultural (universidad de Beyruth) y económico (régimen de capitulaciones).

Finalmente, y en el último momento, Inglaterra tenía la clara conciencia de que al renunciar a su dominio sobre este amplio y estratégico sector perdía la base firme de su comunicación por tierra con la India y volvía las espaldas al chorro de oro negro que ya prenunciaban las prospecciones llevadas con resultados positivos en los años inmediatos a la guerra por el fundador de la Royal Dutch Shell, sir Henry Deterding.

Aspecto de la zona argelina de Constantina. Argelia es la zona del norte de África donde la influencia francesa, en hombres y materiales, había sido más intensa. Por ello también la consecución de su independencia fue más sangrienta.



Toda esta serie de contradicciones e inhibiciones, de marchas y contramarchas, cuajaron en las formulaciones de la paz de Versalles y en la accidentada historia colonial del Oriente Medio desde 1920 hasta nuestros días.

Los firmantes del tratado de paz entregaron Siria y Líbano a Francia; Jordania (población árabe), Palestina (población judía) e Iraq a Inglaterra. No se trataba de una posesión colonial. Las potencias occidentales, en calidad de mandatarias, debían estar sujetas a una comisión de vigilancia de la Sociedad de Naciones y se comprometían a conducir, dentro de un plazo fijo, a sus respectivos Mandatos hacia la total independencia; Inglaterra, por su parte, cuidaría especialmente del cumplimiento exacto y pacífico de la declaración Balfour.

Los árabes juzgaron la solución como una traición a los compromisos adquiridos durante la guerra. El romántico Lawrence rechaza, en señal de protesta, el cargo de máximo prestigio que se le ofrece: virrey de la India. Inglaterra y Francia actúan con independencia de la Sociedad de Naciones y la última se niega a cumplir los plazos señalados para la liquidación del Mandato (1932). Siria se lanza por un camino de violencias que culminará en la guerra de Djebel-Drussel en 1925.

Entre tanto se había escrito, en la primavera de 1921, el primer capítulo de sangre entre los ancestrales y seminómadas jordanos y la ola creciente de emigrados judíos (100.000 en el decenio de 1920; 600.000 entre 1930 y 1939) que, con sed secular de patria, volvían a su tierra prometida.

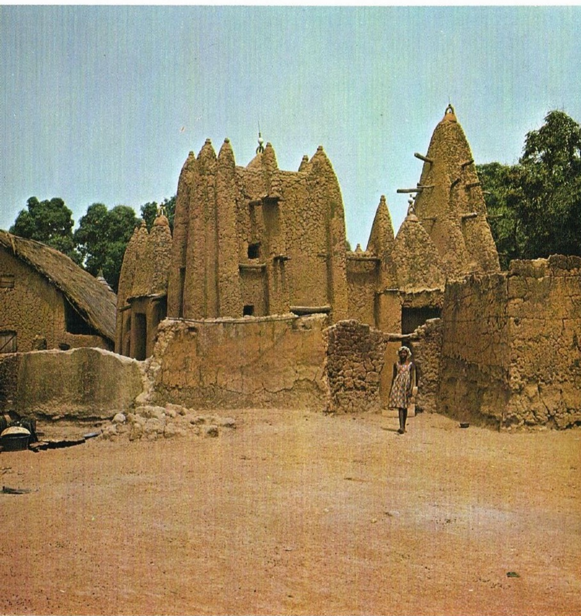
Así se explican cómo van sucediéndose en toda la zona las fechas de la independencia, con la arritmia característica de una política sin base firme y común de una aceptación, en la mayor parte de los casos, de hechos consumados, sin magnanimidad ni coherencia. Egipto es proclamado reino independiente en 1922, aunque Gran Bretaña se reserva la dirección de sus asuntos exteriores, que no cederá hasta 1936; Iraq se emancipará en 1932; Siria y Líbano, en 1945; Jordania, en 1946; el estado de Israel nacerá en 1948; mientras que Yemen y Arabia Saudí, en posición un tanto marginal, geográfica e históricamente, y menos afectados por el primer *boom* petrolífero, seguirán un camino más propio, menos tortuoso: Yemen nace como estado soberano en 1918, y Arabia Saudí, entretenida en los primeros años en disputas internas con Jordania, en 1930; y aún habría que añadir, todavía más marginados, más retrasados en su vida política y en su explotación petrolífera, los pequeños sultanatos de Aden, Kuwait, Yemen del Sur, emiratos independientes de la Costa de los Piratas que prolongarán su sujeción a Inglaterra y a las grandes compañías internacionales del petróleo hasta los años sesenta y aun setenta.



Viaje del general De Gaulle a Argelia en 1958, poco después de haber logrado el poder en Francia. Consciente de la realidad de su época, supo sobreponerse a sus propios deseos de "grandeur" y otorgar la independencia a aquel nuevo país.

La descolonización del sur y sudeste asiáticos

La segunda Guerra Mundial (1939-1945) llevó consigo un natural desvío en la atención mundial, tanto por parte de las metrópolis como de los territorios sometidos, hacia los temas coloniales. Indirectamente, es cierto, quedaron implicados en la repetición de aquel gesto, ensayado con éxito durante la Gran Guerra, de extender las potencias europeas su mano en busca de apoyo material y moral a cambio de un pagaré en la moneda más apreciada por los territorios dependientes: la libertad política. Pero esta vez no fue tan fácil repetir el engaño. La petición había sido más angustiada ante la mayor dureza y peligrosidad del conflicto. Los grupos de presión nacionalista y sus líderes contaban con una mayor experiencia y madurez. El mundo había avanzado treinta años en esa marcha hacia la libertad que Hegel señalara, pese a todas las reticencias y opo-



Antigua mezquita de Konto, en Costa de Marfil, uno de los estados que se independizó en 1960, el año, por antonomasia, de la gran marcha hacia la libertad de aquellos pueblos.

siciones, como el núcleo vivo y siempre, en definitiva, triunfante en el desarrollo de la Historia.

Por eso en 1945 el proceso descolonizador del Tercer Mundo se reanuda con más fuerza. Nacido en Oriente, opta en su marcha por el camino inverso al sol, que avanza hacia su ocaso, elegido seis mil años antes por el Viejo Mundo. Durante los diez años inmediatos al cese de hostilidades le vemos abrirse camino a través de la India, que consigue su independencia en agosto de 1947, seguida de Pakistán, dentro del mismo mes. Poco después viene Birmania (enero de 1948), Ceilán (febrero del mismo año), Laos (octubre de 1949), Indonesia (diciembre de 1949), Cambodge (noviembre de 1953), Vietnam (septiembre de 1954); más al Este, Filipinas, que en 1898 había pasado de manos españolas a las norteamericanas, ha accedido a la libertad política en 1946; y si tenemos en cuenta que Thailandia mantuvo su soberanía nacional siempre intocada, y dejando de momento a un lado Malasia, que lleva un proceso más retrasado por las razones que en seguida diremos, podemos ya situarnos en los primeros meses de 1945 y apreciar de golpe la importante obra descolonizadora llevada a cabo en un espacio apretado de años.

¿Qué había sucedido? Hay que admitir, en primer lugar, la importancia de la India, la primera en la serie, como elemento de contagio, como factor desencadenador. Su independencia, lograda la primera de todas, impulsó en seguida a seguir su ejemplo, de acuerdo siempre con su peculiar proceso, a cada uno de los países de esta zona que secularmente habían reconocido la superioridad material y espiritual indostánicas. Ya había apreciado el fenómeno con acierto y en un horizonte de mayor amplitud Lionel Curtis cuando en 1929 escribía: "Si la India llega un día a resolver el problema de un gobierno responsable, lo habrá resuelto para toda Asia y con el tiempo también para África". No olvidemos además que nos encontramos ante una de las unidades geográficas más claras del planeta.

En efecto, es el Asia de los monzones en su versión subtropical, con sus lluvias periódicas, la que condiciona un paisaje, unos cultivos, unos modos de vida; es una de las áreas de más densa población y de más fuerte presión religiosa a lo largo de la Historia. Lugar de encuentro entre semitas, arios, malayos y orientales; separada del gran Imperio chino por una cadena de montañas altísimas que se extiende, saltando fronteras, por el borde septentrional de cada uno de los países soldados al continente. Los grandes momentos de su evolución los han vivido al unísono. No había de ser éste una excepción, el último y tal vez, con una visión prospectiva, el más importante de su historia.

Pero además, en un enfoque más coyuntural, pero a la vez decisivo, todos estos territorios, desde Filipinas a la frontera india, acababan de vivir durante breves pero intensos años la ocupación japonesa. Tras el golpe de sorpresa en Pearl Harbor (diciembre de 1941), los japoneses se lanzaron con la rapidez de una *Blitz Krieg* hacia estos territorios, tan vitales por su posición estratégica y riqueza en materias primas. En el mes de febrero de 1942 terminaban su marcha triunfal con la ocupación entera de Birmania y el control de la frontera oriental india.

En un primer momento, los japoneses llegaron a todos estos países como liberadores. Rápidamente rompieron la estructura colonial, holandesa en Indonesia; francesa en Vietnam, Cambodge y Laos; inglesa en Birmania. Veían tras ella al enemigo de guerra, pero también al europeo. Japón se había erguido, de comienzos del siglo XX, como el líder del asiatismo, frente al europeísmo. Era

el primero que había derrotado en el campo de batalla a un país occidental (guerra ruso-japonesa de 1905). Era el único que a lo largo del siglo XX había podido hablar de igual a igual, por sus adelantos en el terreno industrial y cultural, a las primeras potencias mundiales. En los años de entreguerras, las jóvenes generaciones birmanas, vietnamitas e incluso indias miraban con orgullo y admiración al modelo japonés, que deseaban ver un día realizado en sus propios países. Por eso, la corriente de simpatía japonesa arrastró consigo con más facilidad los lazos afectivos, de temor o agradecimiento, que en 1942 ligaban a las colonias con las metrópolis. Pero no tardaron los japoneses en descubrir su auténtico rostro autoritario con perfiles fascistas que las élites coloniales, educadas a la francesa o a la inglesa, aborrecieron automáticamente. Japón quería a su manera, con su pasaporte oriental y camuflado por el mito del asiatismo, fabricarse un Imperio sobre las mismas tierras que las metrópolis europeas acababan de abandonar. Corea, ocupada en 1910, era un testimonio antiguo de esta voluntad japonesa de Imperio. Nuevas fuerzas subterráneas de oposición surgieron entonces contra el invasor japonés. En algunos casos, como Birmania y Vietnam, presentan una semejanza grande con los movimientos de resistencia antifascistas que por los mismos años se desarrollaban en Europa.

La resultante de estas fuerzas encontradas fue arrancar de raíz todo sentido de vínculo a cualquier dueño, llegar a crear una especie de desmoralización o nihilismo colonialista que en los meses de vacío entre la marcha de los japoneses y la vuelta de los europeos se unió alborozado con la tradición anticolonial de preguerra y convirtió la independencia en un destino irreversible, por encima de la voluntad de los políticos e incluso de los intereses de los grandes grupos económicos internacionales. Así sucedió; el intento desesperado de los viejos colonizadores, en el otoño de 1945, aureolados por la victoria, pero minados en su moral interna y en sus recursos materiales y militares, fue una aventura sin fortuna. Aunque todos cayeron en igual trampa. Inglaterra luchó en Birmania entre 1945 y 1947, Holanda en Indonesia (1946-1949), Francia en Indochina (1946-1954).

La oposición se manifestaba en una nueva forma: la guerra de guerrillas, la guerra de subversión, aprendida en los años de clandestinidad y resistencia, contra la que nada podrían los ejércitos y planes uniformes de estilo clásico. Si de los sobresaltos de la jungla pasaban las metrópolis de Occidente a mirar con gesto de auxilio al exterior, en-

TERRITORIOS PENDIENTES DE DESCOLONIZACION EN 1972

		Superficie en km²	Habitantes
AFRICA			
Affars e Issas (Francia)		23.000	90.000
Angola (Portugal)		1.247.000	5.000.000
Comores (Francia)		2.171	250.000
Chagos (islas dispersas) (Gran Bretaña)		78	1.135
Guinea portuguesa (Portugal)		36.125	550.000
Mozambique (Portugal)		778.000	6.600.000
Namibia (República Sudafricana)		824.300	550.000
Reunión (Francia)		2.510	500.000
Sáhara español (España)		266.000	80.000
Santa Helena, Ascensión (Gran Bretaña)		420	6.000
Santo Tomé y Príncipe (Portugal)		964	70.000
Seychelles (Gran Bretaña)		376	52.000
	Total	3.180.944	13.749.135
AMERICA			
Bahamas (Gran Bretaña)		11.405	166.000
Bermudas (Gran Bretaña)		53	51.000
Cayman (Gran Bretaña)		259	12.000
Groenlandia (Dinamarca)		2.176.000	50.000
Guadalupe (Francia)		1.705	323.000
Guayana francesa (Francia)		91.000	45.000
Honduras británica (Gran Bretaña)		23.000	120.000
Indias Occidentales holandesas (Holanda)		943	211.000
Islas Vírgenes (Estados Unidos)		344	60.000
Islas Vírgenes (Gran Bretaña)		153	9.000
Malvinas, islas (Gran Bretaña)		12.000	2.000
Martinica (Francia)		1.102	332.000
Panamá (Estados Unidos)		1.676	45.000
Puerto Rico (Estados Unidos)		8.897	2.700.000
Saint-Pierre y Miquelón (Francia)		242	5.200
Surinam (Holanda)		142.800	350.000
	Total	2.471.579	4.481.200
ANTARTIDA (Gran Bretaña, Francia, Unión Soviética, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Noruega, Chile, Argentina)		14.108.000	
ASIA			
Brunei (Gran Bretaña)		5.765	90.000
Hong-Kong (Gran Bretaña)		1.034	4.000.000
Macao (Portugal)		169.300	250.000
Timor (Portugal)		15.000	600.000
	Total	191.099	4.940.000
EUROPA			
Gibraltar (Gran Bretaña)		6	27.000
OCEANIA			
Carolinas, Marianas, Marshall (Estados Unidos)		1.700	110.000
Irian Occidental (Indonesia)		412.700	950.000
Nueva Caledonia (Francia)		19.000	87.000
Nueva Guinea (Australia)		238.693	1.600.000
Nuevas Hébridas (Gran Bretaña-Francia)		14.700	77.000
Papuasia y Nueva Guinea (Australia)		223	700.000
Polinesia francesa (Francia)		4.000	85.000
Salomón, islas (Gran Bretaña)		30.000	170.000
Samoa americana (Estados Unidos)		137	25.800
Wallis y Futuna (Francia)		255	9.000
	Total	721.408	3.813.800



Arco conmemorativo de la independencia de Ghana en su capital, Accra, donde se reunió la conferencia de la Unidad Africana en 1958.

contraban la oposición de principio de las nuevas Naciones Unidas y la decidida postura anticolonial, salvadas sus propias contradicciones de las dos grandes potencias vencedoras, árbitros de la situación de posguerra: Estados Unidos y la U.R.S.S. La primera se apoyaba en una tradición wilsoniana que Roosevelt había revivido y en la tesis, más o menos auténticamente vivida, de su pasado colonial. A la segunda le bastaba con hacer aflorar su teoría marxista del colonialismo, tal como nosotros la expusimos anteriormente.

Así fueron cayendo, como frutos de un árbol maduro, en los años inmediatos a la segunda Guerra Mundial las sucesivas descolonizaciones del sur y sudeste asiáticos. Más aún, de toda Asia prácticamente, si recogemos más al Norte a Corea, liberada tras la derrota japonesa. Sólo quedaba, ya lo indicamos, como unidad mayor Malasia. Decimos "unidad mayor" para diferenciarla de los pequeños enclaves portugueses (Macao, Timor...), íntimamente ligados al tipo de colonización portuguesa, pero no "unidad lograda". Construida con piezas discontinuas de tierra firme e islas, con una población heterogénea y fuertes diferencias en sus recursos materiales, Malasia no podía improvisar en 1945 una conciencia nacional; carecía de la indispensable trabazón interna que exige la puesta en pie de todo nuevo estado. V. Purcell definió acertadamente a Malasia como "una sociedad plural sin alma común, una empresa comercial llevada hasta su apogeo de rendimiento, más que un estado".

También aquí hubo guerra con todo entre 1949 y 1954, pero guerra dispersa, de acuerdo con lo dicho, que Gran Bretaña pudo sofocar más fácilmente. Por su parte, los reyezuelos y jeques, intermediarios entre las grandes riquezas del suelo y subsuelo y las compañías explotadoras, en su mayoría británicas, no favorecieron la independencia. En el fondo optaron por el sistema feudal, que salvaba a un tiempo su beneficio propio y los intereses de la metrópoli. Cuando la guerra fría alcanzó su máxima intensidad, en los primeros años del decenio del cincuenta, Inglaterra hizo valer el argumento de que no convenía dejar aquel arsenal de materias primas fuera del control del mundo libre.

El problema malasio quedó así aplazado, aunque no resuelto. Pero de momento, al menos, la mordiente descolonizadora había terminado en Asia su acción. Era el momento de resumir, pensar, buscar nuevos horizontes. Tal es el sentido, el encuadramiento en el espacio y en el tiempo de la conferencia de Bandung. Indonesia, en el extremo oriental de esta marcha de la libertad hacia el Este, iniciada en 1918, la acoge en su territorio; tiene lugar en abril de 1955, cuando acaba de producirse la independencia de Vietnam. La conferencia de Bandung es predominantemente asiática, pero se proyecta hacia África, nuevo escenario del Tercer Mundo naciente, en concreto hacia dos focos distintos que por motivos propios se van a convertir en los dos nuevos frentes de liberación colonial: son Ghana y el Maghreb (Marruecos, Argelia, Túnez).

El caso de Ghana

Ghana no era una más entre las quince colonias –todas ellas actuales estados independientes, menos el Sáhara español y la Guinea portuguesa– que todavía nos llaman hoy la atención al observar un mapa del África occidental: arracimados, diminutos en su mayoría, asomándose todos ellos al mar con avidez, como queriendo acaparar cada uno para sí una parte alícuota de costa, una franja de humedad que les haga olvidar la sequedad interior del Sáhara o, conforme descendemos hacia el ecuador, la densidad impenetrable de la sabana y de la selva virgen.

Esta extraña configuración posicional, reflejada en la cartografía, lleva una indudable marca colonial; es la consecuencia a la vez plástica y real de los primeros tiempos de la colonización europea en esta área, cuando cada país –Inglaterra, Francia, Portugal... e incluso Alemania y Dinamarca– fue fundando a lo largo de la costa la trilogía puerto-fortaleza-hinterland, en los que repostar en el largo camino hacia Asia y realizar el tráfico de esclavos traídos del interior.

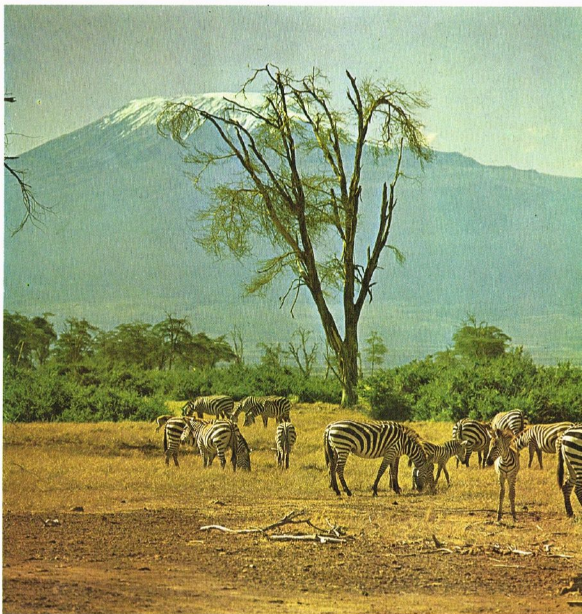
Pero en Ghana, en primer lugar, además de esclavos había oro. De ahí su nombre occidental: Costa de Oro. En ella convergieron, por eso, distintos países que le imprimieron desde el primer momento una más intensa y entrecruzada vitalidad. Había además en el interior una población, dotada de especial vigor, los ashanti, que en el siglo XVI habían venido desde las estepas subdesérticas, creando una sólida organización estatal. Solamente en fecha muy tardía, a fines del siglo XIX, consiguieron los ingleses salvar el pequeño hinterland costero y vencer y asimilar al pueblo ashanti. Pero no murió con ello el espíritu nacional, encarnado en un trono de oro macizo, que ellos escondieron tras la derrota y en cuyo interior afirmaban seguía permaneciendo el espíritu íntegro del pueblo ashanti. Un mito más en el continente de los más bellos mitos, apto, en este caso, para mantener la esperanza y sostener con tenacidad el esfuerzo por recuperar la independencia.

Correlativamente, la costa dio con más rapidez los frutos de una culturización de base amplia, sobre la que se destacó una minoría más cultivada y consciente. En parte, se debió a una labor más efectiva de las misiones cristianas; en parte, a aquella presencia más compleja y densa de europeos antes notada y que en la segunda mitad del siglo XIX se reforzó ante el descubrimiento de diamantes y manganeso, sin olvidar el cacao, en el que ya entonces ocupaba Ghana ese primer puesto en la producción mundial que en nuestros días aún conserva. Ese grupo social característico de todo el Tercer Mundo, el *evolué*, el intermediario indígena, tiene en Ghana una mayor importancia numérica y cualitativa. En 1924 se contaban en Ghana 50.000 alumnos de enseñanza primaria, cifra insólita en aquellos años en el África negra, y no era infrecuente el caso de jóvenes ghaneanos que salían a cursar sus estudios a Occidente. Uno de éstos fue Agrey, doctor en filosofía, uno de los poquísimos africanos que en los años de entreguerras podía mantener el nivel de un diálogo con intelectuales de Occidente.

Como un producto potenciado de la dureza y del nacionalismo ashanti del interior y de los medios más cultivados y abiertos al influjo occidental de la costa, aparece –cuarto y último factor diferencial en la evolución de Ghana– N. Nkrumah.

El encuentro decisivo entre Nkrumah y su pueblo tendría lugar en 1947, al terminar la segunda Guerra Mundial, tras una larga ausencia de su país que moldeó su figura política. A los veinticuatro años (había nacido en 1909) abandonó su patria para estudiar ciencias sociales en la universidad negra de Lincoln, en Estados Unidos. Allí trabó decisivos contactos con los propulsores del movimiento negro, Du Bois y Garvey particularmente. A su vuelta se detuvo en Europa. Se matriculó en la facultad de Economía de Londres, actuó de secretario en el congreso panafricano de Manchester, conoció de cerca el pensamiento de Marx y Lenin, mantuvo contacto con los activistas sociales de los principales países de Occidente.

Siempre le persiguió en su vida el convencimiento de que estaba llamado a un gran destino. Él mismo nos cuenta en su autobio-



Vista de Kenia, con el Kilimanjaro al fondo. El logro de la independencia de esta región tuvo unos prolegómenos sangrientos debido a la actuación revolucionaria y prolongada de los Mau-Mau.



Jomo Kenyatta (en el centro), durante un viaje a Kenia de la reina Isabel II de Inglaterra. Este líder negro de Kenia luchó por su país hasta la consecución de la independencia. Presidente del nuevo estado, su actitud se ha tornado más conservadora y de apoyo a la nueva burguesía negra, que ha sustituido a la de los blancos, las propiedades de los cuales adquirieron.

grafía cómo en la Memoria que presentó para solicitar el ingreso en la universidad de Lincoln incluyó, personalizándolos, aquellos versos de Tennyson: "Tantos mundos, tanto por hacer,/tan poco hecho, las cosas que serán".

En Costa de Oro le esperaba en 1947 un pueblo maduro para el nacionalismo. Él supo captar el sentido de la historia de Ghana y adueñarse del pueblo. Al mito del trono de oro se añadió el mito Nkrumah. El corresponsal del *Daily Telegraph* escribía (1951): "Nkrumah, en el fondo ha sido deificado por su pueblo, que le otorga la virtud y la inmanencia de un espíritu ancestral".

Nkrumah no llegó a estar presente en Bandung; en el último momento le sustituyó su ministro de Estado y titulado a su vez por Oxford, Kojo Batsio. Pero, lo que es más importante, Nkrumah estaba muy influido por el ambiente de personajes e ideas que desembocaron en la gran conferencia. Leemos en la autobiografía citada: "Después de varios meses de estudio de la política de Gandhi y de observar sus efectos, comencé a comprender que, apoyada por una fuerte organización, podía ser la solución del problema colonial. Reconocí –continúa–, en el ascenso al poder de J. Nehru, el triunfo de un líder que, siendo partidario del socialismo, era capaz de interpretar la filosofía de Gandhi con un sentido práctico".

Nueve años después de la vuelta de Nkrumah a su patria, dos años después de la conferencia de Bandung, Ghana conseguía la independencia. Gran Bretaña se vio obligada a hacer una excepción con ella en su claro propósito de "autogobierno", pero a largo plazo, dispuesto para las colonias africanas.

Era el resultado convergente de los factores diferenciales indicados que concurrían en Ghana. El redentor y carismático Nkrumah supo también comportarse como político resuelto y hábil. A la promesa indefectible, siempre en labios ingleses, del *Self Government,* él añadía inflexible tres letras, un adverbio de tiempo: *Self Government "now"*: ahora, ahora mismo. El 6 de marzo de 1957, Ghana celebró su primera fiesta nacional. Pero no una fiesta particular y cerrada. Ghana se constituyó automáticamente en fermento de los estados vecinos o más alejados que también aguardaban su libertad. Nkrumah escribió en aquella atmósfera de triunfo: "Nunca he considerado la lucha por la independencia de la Costa de Oro como un objeto aislado, sino siempre como parte de una situación histórica general. El africano, en todos los territorios de este vasto continente, ha despertado y la lucha por la libertad no se detendrá".

Junto a Ghana, Guinea francesa, y más alejados, el Congo y Malawi fueron los territorios que a través de sus líderes, Seku Turé, P. Lumumba y H. Banda, muy directamente relacionados con N. Nkrumah en los días de su lucha política, más claramente se dejaron influir por el caso ghaneano. Los días de la colonización africana estaban contados.

Pero antes de ver derrumbarse definitivamente el edificio colonial es preciso introducir a la segunda cabeza de serie, el Maghreb. También para ella había sonado la hora de la libertad en los años inmediatos a Bandung, también ella sería un elemento dinámico en la aceleración del proceso descolonizador africano y aun de todo el mundo.

La banda norteafricana

Para entender la razón y el momento histórico de la descolonización en estos países es preciso enlazar con ideas apuntadas en páginas anteriores sobre la proximidad geográfica y contactos culturales y económicos mantenidos durante toda la Historia y particularmente a partir del siglo XIX, en que el Mediterráneo se revitaliza entre las riberas africana y europea del Mare Nostrum. La segunda Guerra Mundial supuso la culminación de estos largos contactos e influjos, que tantas ideas de libertad, democracia y progreso hicieron filtrarse en el interior de la sociedad musulmana.

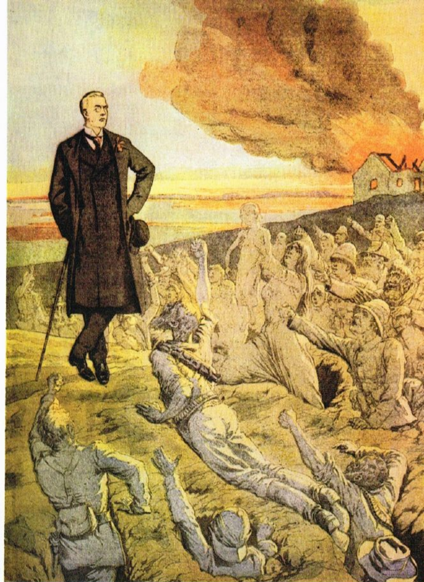
De Egipto a Marruecos se creó en el otoño mismo de 1939 un campo ininterrumpido de operaciones militares y acción política que integró fuertemente a toda la zona norteafricana en las cuestiones más vivas del quehacer histórico en aquellos años decisivos. La Francia dividida entre la Resistencia y Vichy

encontró en Marruecos, Argelia y Túnez un refugio desde el que afirmar sus propias posiciones con más agilidad y perspectiva que en la metrópoli misma, directamente afectada por la ocupación; en Argelia, recordémoslo, nació el 3 de junio de 1943, superadas las diferencias Giraud-De Gaulle, el gobierno que había de regir a Francia al día siguiente de la victoria. El duelo Rommel-Montgomery, con su conocida trascendental influencia en el resultado de la contienda, potenció históricamente entre febrero de 1941 y noviembre de 1942 los arenales libio-egipcios y el oeste de Túnez. Enlazando estrechamente con este último episodio, en el mismo mes y año de noviembre de 1942 desembarcaron en Marruecos los efectivos norteamericanos que, después de una marcha sobre Argelia y Túnez, se situaron en la posición frontal precisa para dar el asalto a Italia en julio de 1943.

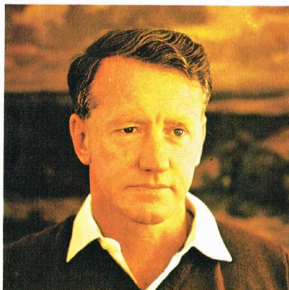
Todo este trasiego de hombres, junto con la tensión militar y la problemática política de trasfondo consiguientes no pudieron menos de afectar a la población indígena, insertándose en la cuestión más vital que desde los años veinte (la fecha concreta de arranque difiere en cada caso) tenían firmemente planteada: su entidad como pueblo, sus relaciones con una metrópoli extranjera –ahora, por cierto, humillada y dividida– que en determinado momento se había interferido en sus propios destinos, ese derecho inalienable de todo individuo y de todo pueblo a escoger su propio camino, tan defendido por las democracias vencedoras.

En los oídos de todo marroquí, así como de todo tunecino y argelino, resonaban claras en 1945 las palabras que el presidente Roosevelt había dirigido al sultán de Marruecos, Mohamed V, con ocasión de la conferencia de Casablanca (enero de 1943), el acontecimiento histórico de más alto nivel que el Maghreb había vivido durante la guerra: "Cuando la guerra termine, Marruecos debe ocupar el puesto que le corresponde, por su historia y potencial actual, en el concierto de las naciones libres". A lo que el que había de ser, tras muchos avatares, primer monarca del nuevo Marruecos independiente, respondió: "Hoy comienza el futuro de Marruecos".

Pero contra ese futuro dio la última batalla, desesperada y perdida, una Francia hipersensible, cuya satisfacción ante la victoria se veía nublada por el recuerdo de la derrota de 1940 y la connivencia con el vencido fascismo de un sector, impreciso numéricamente pero sensible, de su población. Más que en cualquier ocasión, Francia en 1945 quería ser ella, toda ella y sin fisuras. Por eso respondió a las llamadas urgentes de total independencia del Maghreb con la Constitución de 1946, que, aplicada a las colonias, significaba una fórmula unionista y conservadora: "Francia forma con los pueblos de Ultramar –decía exactamente el texto– una unión fundada sobre la igualdad de derechos y deberes". (En realidad, los derechos siguieron permaneciendo dispares.) Y poco después: "Francia mantiene la voluntad de conducir a la mayor prosperidad a los pueblos que ha tomado a su cargo".



Grabado aparecido en Francia con motivo de la visita de Joseph Chamberlain a África del Sur después de la guerra de los bóeres. A pesar de esta cáustica crítica, Chamberlain fue uno de los patrocinadores del imperialismo de Gran Bretaña, basado sobre todo en su concepto de la superioridad de la raza blanca anglosajona. Fue amigo personal de Cecil Rhodes, el "Napoleón de El Cabo", cuyos proyectos económicos y combinaciones políticas sostuvo en todo momento. Fue secretario de Colonias entre 1895 y 1903.



Jan Smith, líder de la independencia unilateral de Rhodesia, que en su país se enfrenta a un problema racial de difícil solución.

desde el otro extremo de la banda norteafricana con sus proclamas panárabes y anticolonialistas. La misma Libia, independizada desde 1951, dentro de un contexto de posguerra (había sido colonia de la vencida Italia), dejaba más en evidencia la rara situación de los tres países del extremo occidental musulmán (tal es el significado del Maghreb) que aún mantenían el estatuto colonial.

Francia se rindió, al fin, a la realidad; agotada en sí misma y sin imaginación para arbitrar nuevas soluciones de emergencia, dentro de la vía estrecha arbitrada en 1945, optó por el abandono. Dien Bien Phu se rendía el 7 de mayo de 1954. Los soldados traían, con el relato del heroísmo y la derrota, la noticia de una ola anticolonial que había hecho presa en Asia y que rápidamente se propagaría a África, desandando el camino imperial de Suez.

El 3 de marzo de 1956, Francia firmaba el acta de emancipación marroquí, a la que seguiría casi de forma automática la cesión, por parte de España, de su histórica zona de protectorado; y tres semanas después, el 20 de marzo, Túnez se proclamaba independiente bajo la presidencia nominal de un efímero bey y el liderato real de H. Burguiba.

Quedaba Argelia. Pese a sus semejanzas de paisaje y tradición, hacía un siglo que Argelia era distinta del resto del Maghreb.



El mariscal francés Louis H. Lyautey (Museo del Ejército, París). Francia contó con hombres de gran personalidad y patriotismo que contribuyeron muy eficazmente al éxito de la vasta operación colonial emprendida por el país a partir del primer tercio del siglo XIX. Uno de ellos fue Lyautey, producto característico de Saint-Cyr, intelectual con perfiles de procónsul romano y rasgos e ideas que prefiguran a De Gaulle.

Las minorías más conscientes de Marruecos, Argel y Túnez, con sus tres líderes de indudable altura y en la madurez de sus vidas: Al- Fassi (además de Mohamed V), Ferat Abbas y Burguiba, no aceptaron esta plataforma de diálogo. Comenzaron las tensiones, los atentados, las violencias.

La política discontinua de una cuarta República sometida, en virtud de su misma mecánica constitucional, a cambios de gabinete constantes, no acertó a afrontar con seguridad la serie interminable de crisis nacidas en los tres territorios entre 1945 y 1955. El ejército, maltrecho por la guerra y distraído, en sus efectivos mejores, en la tarea más urgente de pacificar Indochina, no bastaba para mantener el orden, frente a los efectos de la guerra subversiva.

Además, pronto comprendió que en las filas enemigas se contaban no pocos oficiales bien adiestrados, a los que ella misma había promocionado en los días de "unión sagrada" de la reciente contienda. Por otro lado, las Naciones Unidas urgían la descolonización. Truman no desautorizaba a Roosevelt, y A. Nasser, llegado al poder desde la revolución de 1952, animaba a los rebeldes

De Argelia al corazón de África

Aquel millón de europeos que en 1954 vivían insertos en la sociedad y sistema económico de una colonia que no alcanzaba los ocho millones de habitantes, era, tal vez, el síntoma y el símbolo representativos de esta originalidad colonial argelina, incluso respecto del Maghreb. Eran ellos loreneses y alsacianos que no pudieron soportar la dominación alemana en 1870, descontentos del régimen de Napoleón III en 1850, los desplazados y sin trabajo tras la abolición de los talleres nacionales en 1848, contingentes de esa población marginal a la que la revolución industrial francesa no pudo absorber y que, como decíamos al explicar el concepto de subdesarrollo, encontró en el Tercer Mundo, en nuestro caso en Argelia, su solución económica personal y la paz social de su país.

No importaba su diversidad y sus orígenes, frecuentemente proletarios o pequeñoburgueses. Eran franceses; como a tales se les había reconocido con plenos derechos desde 1889 y se hallaban instalados desde el primer momento sobre las mejores tierras de la población primitiva, sin más título jurídico, en muchos casos, que el otorgamiento generoso del estado francés y la desposesión de los primitivos dueños. Su superioridad oc-

cidental de iniciativa, potenciada por el sistema de privilegio institucional y político que les favorecía, convirtieron, pasado el tiempo, a estos inmigrantes en la minoría rica y cultivada, frente a un proletariado indígena y analfabeto. En 1954 poseían los europeos, que solamente suponían el 1/8 de la población, 2.300.000 ha de tierras, sobre una superficie total cultivable de 6.000.000 de ha; es decir, más de los 2/3. Y sólo 30.000 colonos, élite dentro de la élite, que apostillaban el carácter feudal de la colonia, poseían un 30 % de todas las tierras. Los puestos administrativos, las carreras profesionales estaban prácticamente en sus manos. ¡No podía ser de otro modo en una sociedad en la que, en vísperas de la segunda Guerra Mundial, 9/10 de los niños argelinos no pasaban por la escuela!

Fue naciendo, es cierto, al compás de la colonización una minoría indígena más cultivada y económicamente estable y aun próspera, que captaba el problema, aunque orientando curiosamente su acción, en los primeros momentos, no hacia una emancipación, sino a una integración con la nación francesa. El lema del programa de Ferhat Abbas, en los primeros años del período de entreguerras, decía: "Somos musulmanes y somos franceses; somos argelinos y somos franceses".

Pero Francia se mostró siempre, más que reacia, alérgica a hacer esta concesión; era

Vista de un poblado indígena en las islas Tohiand, en Nueva Guinea. El colonialismo holandés, de característica dureza, parece haber dejado sus huellas en los territorios que un día dominó, pues Indonesia se manifiesta como colonialista al pretender territorios que nunca formaron parte de lo que llamaríamos su unidad política natural.



una versión más de esa "superioridad del blanco" innata a todo el fenómeno colonial y que explicamos anteriormente. Imponía condiciones, les obligaba a abdicar de su religión y hábitos culturales, milimetraba hasta el máximo el número de los que pudieran conseguir el título de franceses. Cuando el Frente Popular de 1936, en su política progresiva y abierta, creyó haber dado un paso importante en la asimilación, mediante el decreto Blum-Viollete, sólo 21.000 argelinos accedieron al derecho de ciudadanía, con sus secuelas de mayores posibilidades en el campo económico y una participación en la responsabilidad política de Argelia.

Cerrado el camino de la integración, Francia se oponía, con más fuerza aún que en el caso de Marruecos y Túnez, a una independencia. No era sólo la responsabilidad que tenía sobre ese millón de franceses, súbditos en plenitud de derechos; intervenían también en su posición antiindependentista los fuertes intereses económicos que se creaban entre estos colonos y la metrópoli y, en el último momento, aquellos fabulosos recursos de gas natural, petróleo, hierro, etc., que el Sáhara comenzó a descubrir en los años inmediatos a la segunda Guerra Mundial. En 1953 se extrajeron los primeros contingentes de gas natural. En seguida vino el petróleo y el hierro y el manganeso, como promesa y como realidad. Argelia era suya. Técnicos franceses habían descubierto estas riquezas del subsuelo; las compañías y el estado mismo habían hecho fuertes inversiones; los 50 millones de toneladas de petróleo que anualmente produce hoy Argelia se alzaban en la imaginación de los franceses de 1954 como un sueño y una pesadilla. El sueño de poder disfrutarlos y multiplicarlos; la pesadilla ante el miedo de perderlos si Argelia rompía sus vínculos con la metrópoli.

Leopoldo II de Bélgica. Creado el Estado Libre del Congo y reconocido en el Congreso de Berlín de 1885, las potencias firmantes del tratado nombraron soberano de dicho país a Leopoldo II, quien desde entonces se dedicó a la explotación de las riquezas naturales del Congo en beneficio de su país, Bélgica.



Cogida así entre las dos fuerzas contrarias, cerrándose ella misma sus propios caminos, la guerra se hizo inevitable. Dice bien Grimal, apoyándose más claramente en uno de los dos razonamientos: "La guerra estalló en 1954 cuando los argelinos perdieron toda esperanza de *entrer dans la cité française*". Y De Tourneau: "Cuando el problema social se agravó a fuerza de comparar su propia condición de vida y la de la población europea, los argelinos comenzaron a cansarse del destino sin esperanza que veían ante sí. Toman conciencia de su masa numérica y terminan por hacer responsable a la población europea de todos sus males y de todas sus inferioridades".

Guerra cruel por ambas partes, guerra larga (noviembre 1954-marzo 1962), en la que cada día se volvía a empezar. En los 400.000 soldados que Francia llegó a tener destacados en Argelia estaba lo mejor de un ejército cada vez más repuesto del trauma de la segunda Guerra Mundial y técnicamente armado con las posibilidades que le permitía, desde el cumplimiento del plan Marshall, la creciente prosperidad francesa. Pero no pudieron contra los ¿30.000?, ¿60.000?... Nunca se supo el número exacto de afiliados al F.L.N. Lo importante fue su técnica, basada, como en el sudeste asiático, en la guerrilla, en la capacidad de adaptarse al paisaje geográfico –el "maquis" mediterráneo, que llegó a prestar su nombre, apropiándose el hecho militar, como tal, de la guerra de resistencia–, en la infiltración universal y casi subconsciente entre la población civil argelina; el enemigo del flamante ejército francés estaba en una calleja oscura de Orán o en una sala de fiestas del barrio elegante de Argel; cada metro cuadrado de tierra era frente de combate.

El 13 de mayo de 1958 –es historia bien conocida– el general Charles de Gaulle asumió los destinos de Francia; porque la guerra argelina había enconado todos los males, los viejos y los recientes, los nacionales

y los internacionales, los actuales y los presentidos, y el país, al borde del colapso, se agarró a su hombre histórico.

Es molesto para todo historiador hablar hoy del general De Gaulle. ¿Detuvo la Historia o se adelantó a ella? ¿Salvó a Francia a costa de otros pueblos o aceptó el reto esencial en el acontecer del siglo XX, de que en beneficio de cada parte no puede haber más que una historia, la de todos, la planetaria? ¿Dónde acaba el hombre autoritario y dónde empieza el demócrata? ¿El personalismo hasta los límites de la anormalidad es accidental a la hora de una apreciación histórica o es sustancial e incluso termina de dar la clave de su compleja figura?

En nuestro terreno, el del nacimiento del Tercer Mundo y supuesta la brevedad que nos impone el carácter de esta publicación, nos parece deber afirmar que el balance del general De Gaulle es positivo. Consiguió cambiar la mentalidad del francés medio, haciéndole no sólo aceptar, sino querer la desposesión colonial. Actuó con rapidez, superando sus propios prejuicios y atavismos, poniendo a contribución esa sumisión activa al sentido de la Historia, que es el signo de los grandes políticos. Impostando la voz, salvó la paz de Francia y de numerosos territorios del Tercer Mundo.

Cuatro meses después de tomar las riendas de Francia, el 28 de septiembre de 1958, De Gaulle propone a la veintena de territorios sometidos a Francia un plebiscito, en el que han de optar por la independencia completa, la permanencia en la anterior situación consagrada por la Constitución de 1946 o el encuadramiento en una *Communauté*. ¿Qué era la *Communauté*? Todavía hoy podemos definirla como una versión francesa y tardía de la Commonwealth británica, que encerraba bajo su cobertura de soñadora grandeza los mecanismos aptos para promover una evolución rápida de los países acogidos en ella hacia la independencia.

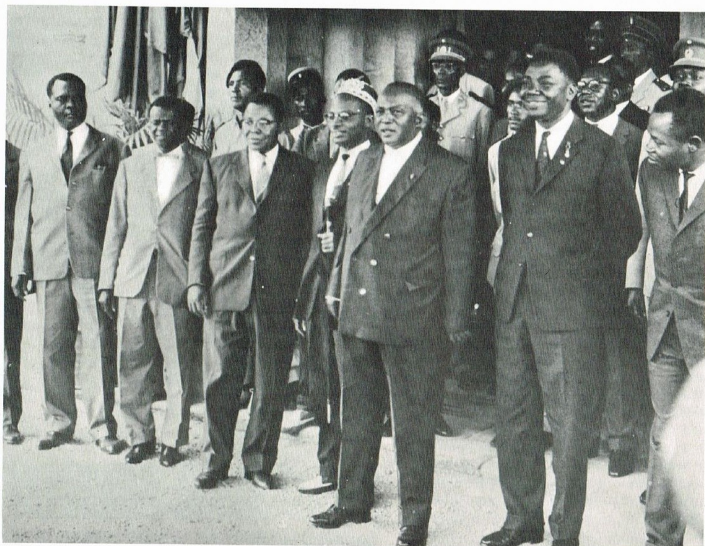
Un solo país, Guinea, fuertemente influido por su vecina Ghana, escogió la primera solución. Un pequeño grupo de territorios, los más atrasados y dispersos (Somalia, Comores, Nueva Caledonia, Polinesia), escogieron la segunda. Y la inmensa mayoría entró a formar parte como miembro federado teóricamente, es decir, situados en igualdad de derechos y deberes que Francia, de la nueva *Communauté*, de esa *Communauté* de la que a veces acaba uno por pensar que ni el mismo general De Gaulle creyó nunca en ella con firmeza.

La *Communauté* terminó su corta vida a comienzos de 1961. Hubo piezas de su complicado aparato que nunca llegaron a funcionar; pero en el seno de su consejo ejecutivo y senado, de los que formaban parte los principales líderes de los territorios sujetos, se quemaron en seguida las etapas dialécticas que desembocaron en una independencia. De Gaulle asentía, no ponía obstáculos, se adelantaba a sus formulaciones. "A los que llevan ciertas pancartas alusivas –dijo en el discurso pronunciado en Dakar el 26 de agosto de 1958– les quiero decir una cosa: si quieren la independencia, que se la tomen el 28 de septiembre."

Así comprendemos bien que 1960 pueda ser visto, desde la corta pero suficientemente perspectiva que nos dan los años transcurridos, como el año grande en la gran marcha emprendida hacia la libertad de los pueblos. Abre el camino Togo, en el mes de abril; sigue Somalia, revisando su primera posición, en julio; en el mes de agosto se independizan Madagascar, Congo-Brazzaville, Dahomey, Níger, Alto Volta, Costa de Marfil; tres meses después, en octubre le llega el momento a Camerún, República Centroafricana y Chad; completándose la serie con Mauritania, Senegal y Mali en el mes de noviembre, y Nigeria en diciembre. Nigeria no era francesa y tampoco el Congo belga, que se había independizado en el mes de junio. Pero no era fácil poner muros de base política a un



Paisaje del Parque Nacional de Gorougosa, en Mozambique. El ideario de la colonización portuguesa es "la assimilaçao uniformadora".



Reunión de políticos en Tananarive para resolver los problemas del Congo. La independencia de este país estuvo mediatizada por factores económicos que dieron lugar a la secesión de Katanga, a la matanza de blancos y al asesinato de varios dirigentes. Entre ellos podemos distinguir, de izquierda a derecha, a Kamitatu, presidente del gobierno provincial de Léopoldville; Bolikango, vicepresidente del gobierno congoleño; Kasavubu, jefe del estado del Congo; Kalonji, jefe del estado autónomo de Kasai del Sur; Tsiranana, presidente de la República Malgache; Tshombe, presidente del estado de Katanga, y Mukenge, jefe del estado autónomo de Kasai del Norte.

movimiento irresistible de carácter supranacional, que ahora se producía ya, no con la timidez de los primeros años, sino con toda la fuerza de un fenómeno maduro históricamente.

El nuevo impulso dado a la unidad de África desde la conferencia de Accra (1958) y la repercusión de la guerra argelina, con el triunfo del Tercer Mundo sobre Occidente, le imprimían mayor agresividad y urgencia. Franz Fanon tiene razón al escribir: "La guerra de Argelia ha sacudido a todo lo ancho el equilibrio colonial en África; no hay territorio en África que no haya modificado su perspectiva para el futuro como consecuencia de la guerra de Argelia".

Por eso, el proceso descolonizador continuará en 1961 en las colonias inglesas o belgas que aún restan: Sierra Leona, en abril de 1961; Tanganika, en diciembre de ese mismo año; Burundi y Ruanda, en julio de 1962; Uganda, Kenia y Zanzíbar, en el último trimestre de 1963; Malawi, en el mes de diciembre de 1964.

Si el número disminuye y la sucesión es menos apretada se debe a que ya son menos cada vez los territorios ocupados y a que, conforme avanzamos por los años 1963-1964 y nos abrimos paso en la zona del oeste africano, presentimos que estamos tropezando con un obstáculo serio y hasta cierto punto nuevo, especie de último bastión del colonialismo africano y mundial.

El este africano y las últimas escaramuzas

El este de África forma una unidad de Norte a Sur; se la brinda en su zona central y sur especialmente su mismo medio geográfico humano, con su hábitat más adaptado al organismo del europeo. Contrasta en esto claramente con el oeste africano, con su clima malsano tan certeramente recogido en las novelas de Graham Greene, zona a la que en los años de apogeo colonial se acostumbraba denominar "tumba del hombre blanco"; se le da aquel sueño estratégico de Cecil Rhodes –la línea El Cabo-El Cairo– que había de vertebrar de Norte a Sur el dominio del blanco, y a poder ser británico, sobre el complicado y hostil continente africano. Los colonos de carne y hueso han cumplido a su manera y en parte el sueño que Rhodes no vio realizado. Desde 1834, año del gran Trek, comenzaron a subir hacia el Norte desde sus

posiciones de El Cabo los holandeses oprimidos por los nuevos británicos llegados; siguieron luego quienes buscaban trabajo en las nuevas minas de Rhodesia o perseguían las explotaciones agrícolas de Uganda y Kenia. Inglaterra y Alemania enviaban, a su vez, remesas periódicas a este paraíso negro del hombre blanco; así se formó ese rosario de comunidades blancas que desde el norte de Kenia a Sudáfrica crearon un estilo de colonia característico, económicamente próspera, con un distanciamiento moral de los colonos sobre la población negra, a la que protegen y temen. Cuando, después de la Gran Guerra, Alemania fue desposeída de sus colonias, el África oriental al sur de Sudán, quien llegaría a la independencia (1956) en función de su relación y tensión con Egipto, tenía prácticamente color británico, y Gran Bretaña dejó en ella su particular huella de superioridad racial junto con su ritmo propio y retardado de independencia.

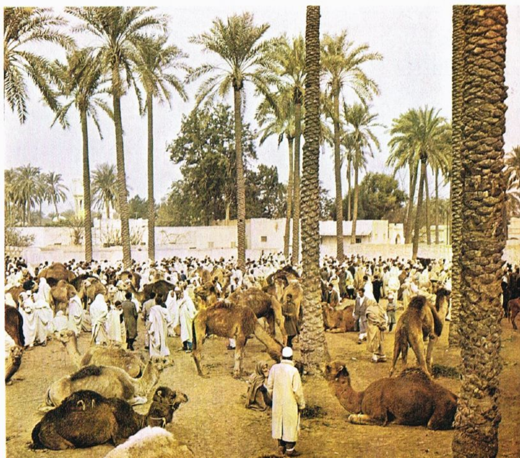
El representante británico en Rhodesia decía en 1956: "Los africanos tienen naturalmente derecho a un sitio bajo el sol. Pero nosotros no tenemos la menor intención de permitirles una responsabilidad política hasta que hayan demostrado que son capaces de ello, y aun entonces hemos de pensárnoslo bien; probablemente será esto un asunto de nuestros nietos".

Se equivocaba Inglaterra: no era cuestión de una o dos generaciones. La independencia de estos pueblos estaba a dos pasos. Mejor dicho, llegaba tarde. La guerra de los Mau-Mau en Kenia (1952-1959) y la proclamación unilateral de independencia en Rhodesia del Sur en 1965 eran la expresión manifiesta de un largo conflicto entre los dos grupos –colonos blancos y negros indígenas–, localizado en los dos extremos geográficos del África oriental inglesa y en las dos fechas que marcarían el comienzo y el final de la descolonización africana. En el caso de Kenia sólo costó sangre. En el de Rhodesia, además de la consabida violencia, ha dejado la hipoteca de un problema insoluble, centrado en el que el líder negro Du Bois denominaba a comienzos de siglo el problema por antonomasia de la humanidad futura: el problema racial.

¿Qué queda más? Algunas colonias dispersas en América latina, particularmente en el área del Caribe, rodeadas de un entorno mucho más evolucionado que el africano y que encontraron en las figuras del Dr. Williams y de J. Jagan dos jefes natos, artífices, en el fondo, de la nacionalidad de sus respectivos países: Trinidad-Tobago (1962) y Guayana (1966). Islotes dispersos en el océano Pacífico e Índico, con un interés económico y estratégico menor (Samoa, 1962; Nauru, 1968; Tonga, 1970; Fidji, 1970; Maldivas, 1965; la misma isla Mauricio, 1968, y la Guinea Ecuatorial, 1968), y en los que la presión nacionalista era menor por el hecho mismo de su aislamiento y pequeñez. Han sido a menudo los mismos gobiernos mandatarios (caso frecuente en los ejemplos citados de Oceanía) y las mismas Naciones Unidas, que allí han podido cumplir sus objetivos descolonizadores más aséptica y eficazmente, quienes, avanzada la década de los sesenta, han puesto en funcionamiento los mecanismos de descolonización. Existen algunos enclaves del Oriente Medio, como Kuwait (1961) o los emiratos de la Costa de los Piratas (1971), que cuando pasó por estas tierras la ola descolonizadora no poseían aún la suficiente consistencia social y política, si es que alguna tenían y no son creaciones artificiales de las grandes compañías o simples espacios intermedios que el natural crecimiento vegetativo humano va rellenando.

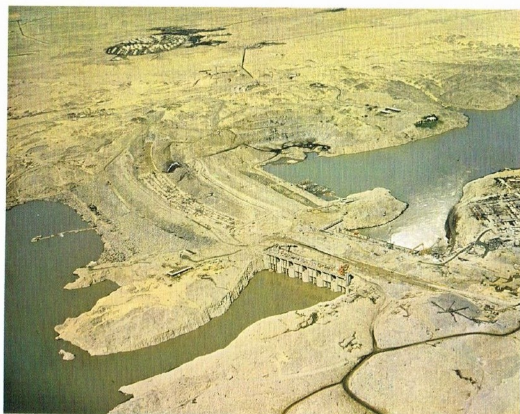
Ya llegamos a la raya del presente, de este día y hora que para nosotros es un 3 de noviembre de 1972 y que el lector cambiará por el día y hora en que lea estas páginas; más allá de esa línea estará el caso anecdótico (¿qué hacer con la isla de Santa Helena y la Ascensión?), la incógnita difícil, y ojalá que no se resuelva envuelta en sangre, de Mozambique, Angola, Honduras británica..., que el tiempo nos irá desentrañando para que un día puedan, ya fijos e irreversibles, convertirse en Historia, como la que nosotros hemos trazado hasta aquí.

Mercado de camellos en Suk el-Yuma, Libia. La colonización italiana, tardía, se asentó en territorios áridos y despoblados (Libia y Somalia) y con poblaciones en su mayor parte nómadas.



BIBLIOGRAFIA

Bairoch, P.	*Diagnostique de l'évolution économique du Tiers Monde. 1900-1968,* París, 1970.
Beaujeu-Garnier, J.	*3 milliards d'hommes,* París, 1965.
Bridel, R.	*Neutralité, une voie pour le Tiers-Monde?,* París, 1968.
Conte, A.	*Bandoung, tournant de l'histoire,* París, 1965.
Cordero Torres, J. M.	*Textos básicos de África* (2 vols.), Madrid, 1962.
Duncan, R. (ed.)	*Selected Writings of Mahatma Gandhi,* Londres, 1971.
Freyssinet, J.	*Le concept de sous-développement,* París, 1970 (2.ª ed.).
García-Pelayo, M.	*El Imperio británico,* Madrid, 1945.
González, N.	*Estado, Imperio, Imperialismo,* en "Geografía ilustrada Labor", tomo II, págs. 145-183, Barcelona, 1971.
Grimal, H.	*La décolonisation. 1919-1963,* París, 1965.
Jalée, P.	*Le pillage du Tiers Monde,* París, 1970.
Mende, T.	*De l'aide à la recolonisation,* París, 1972.
Nkrumah, K.	*Neocolonialismo, última etapa del Imperialismo,* México, 1966.
Pearson, L. B.	*El desarrollo, empresa común,* Madrid, 1969.
Queuille, P.	*Histoire de l'afroasiatisme jusqu'à Bandoung,* París, 1965.
Ruiz García, E.	*El Tercer Mundo,* Madrid, 1967.
Statistical	*Yearbook,* Naciones Unidas, Nueva York (anuario).
Strausz, R., y Hazard, H.	*La idea del colonialismo,* Madrid, 1964.



Presa de Assuán, en el Nilo egipcio, la obra pública más importante de las realizadas por el Tercer Mundo.